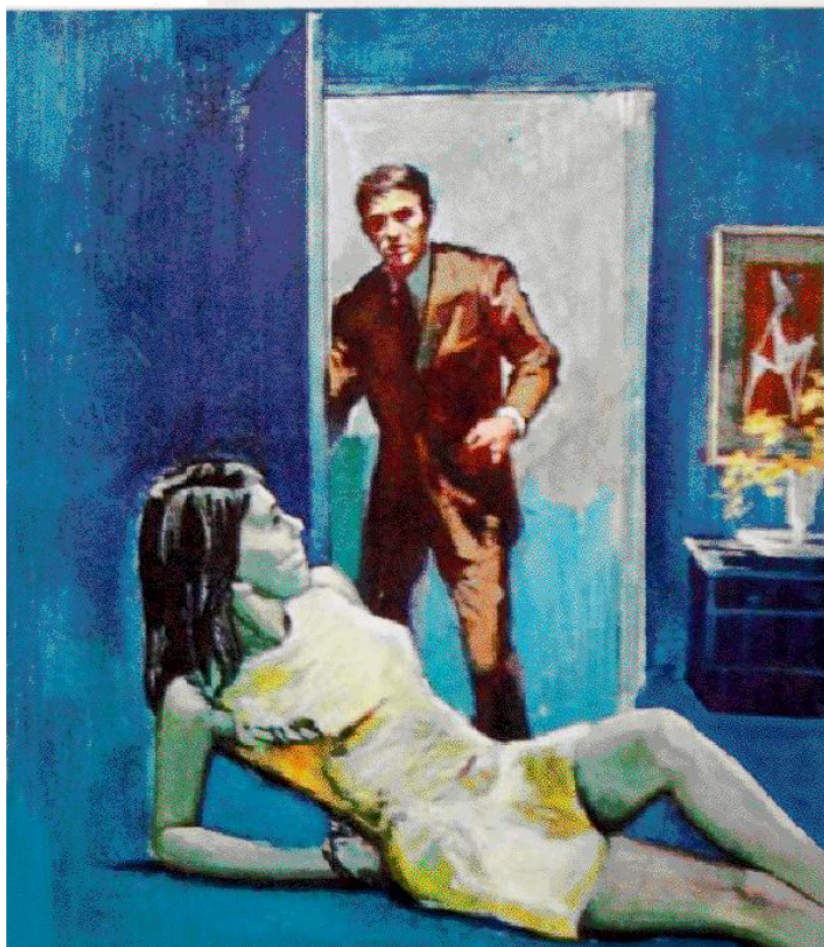


POESÍAS BRILLANTES
**PUNTO
ROJO**

EL GAS-TERROR

KEITH LUGER



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

EL GAS TERROR

Colección **PUNTO ROJO** n.º 732
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 12.550 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta colección: mayo, 1976

© Keith Luger, 1976

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.283. — La historia de Bill *el Melenas*.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.341. — Ha muerto una actriz.
- Eli Colección BUFALO SERIE ROJA:
967. — El Oeste en llamas.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
729. — La venganza.
- En Colección KANSAS:
667. — Mala hierba nunca muere.
- En Colección BRAVO OESTE:
581. — Tres hombres van a morir.
- En Colección PUNTO ROJO:
728. — Plegaria de un moribundo.
- En Colección CALIFORNIA:
752. — La historia de Buby *el Llorón*.
- En Colección ASES DEL OESTE:
886. — Furia en Pozo del Tigre.
- En Colección COLORADO:
610. — ¡Lucha por tu vida, gringo!
- En Colección HEROES DE LA PRADERA:
330. — El fantástico Ricky.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
82. — La chica del rifle de oro.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
5. — Asesino Murray

CAPÍTULO PRIMERO

Jay Mitchel, de veintiocho años de edad, moreno, ojos negros, nariz recta y barbilla enérgica, limpió cuidadosamente sus labios con la servilleta, y dejó ésta sobre la mesa para contemplar a continuación con cierto aire paternal a su amigo Lewis Yates, sentado frente a él, que en aquel instante daba cuenta de una enorme copa de mantecado. Lewis frisaba en los treinta y cinco años, era corpulento como la estatua de la Libertad, y su rostro ofrecía un perenne aspecto de ingenuidad, incluso cuando convertía en cascajo la mandíbula de alguien con uno de sus terribles puñetazos.

Estaban cenando en el Pingüino Club, para lo que habían elegido una de las mejores mesas, ni muy lejos ni muy cerca de la orquesta, lo bastante para que la melodía llegase a sus oídos impregnada de cierta poesía. Ésas eran al menos las palabras que Jay había dirigido al *maître* al entrar en el establecimiento. Y el *maître*, no sólo había accedido a la sugerencia, sino que encomendó al mejor de los camareros atendiese a los clientes.

—¿Cenaste bien, Lewis? —preguntó Jay, con una sonrisa.

El aludido rebañó en la copa las últimas gotas del mantecado con la cuchara, y chasqueó la lengua.

Una señora con traje de noche escotado que se hallaba en la mesa contigua volvió su cara de búho arrugando la, nariz, y fulminó a Yates con la mirada. Lewis le guiñó un ojo y ella estuvo a punto de desmayarse.

—¡Estupendo, Jay! Sólo falta una cosa para que la noche sea completa...

—¿Una mujer? Ya la encontraremos.

—No, hombre. Me refiero a un buen habano.

—¿No es más que eso? Cuenta con él. —Jay hizo una seña al camarero y solicitó dos cigarros.

Minutos después, Yates contemplaba con ojos asombrados el gran habano que tenía entre los dedos.

—¡Por cien mil demonios! ¡Yo creía que estos torpedos sólo los fumaba Churchill...!

—Pues esta noche te puedes sentir uno de los «grandes».

Encendieron, y Lewis se echó sobre el respaldo de la silla, lanzando anillas de humo por la boca. Una de ellas llegó hasta la mesa donde se encontraba el búho en compañía de otra mujer y dos hombres, quienes interrumpieron la conversación que tenían entablada para observar con estupefacción el buñuelo que pasaba por encima de sus cabezas. Cuando se disgregó el humo, los cuatro pares de ojos corrieron a posarse en el autor de la broma.

Yates les sonrió y dijo:

—Eso no es nada, muchachos. Tendrían que ver lo que hace un amigo mío cuando fuma. ¡La misma Marilyn Monroe con todas sus curvas...! —soltó una carcajada y faltó poco para que palmease afectuosamente la desnuda espalda de la mujer atragantada por el sofoco.

Uno de los hombres murmuró:

—No sé qué clase de gente deja entrar Paul. Si esto sigue así, tendremos que comer todos los días en casa...

Yates prestó atención a la canción que entonaba la vocalista. Era un *Slow* que invitaba a la nostalgia.

Jay esperó a que su compañero se deleitase con la voz femenina, y cuando la orquesta atacó una rumba, preguntó:

—¿Contento, Lewis?

—¡Magnífico, chico! ¡Esto es vivir! ¿Qué hemos estado haciendo hasta hoy? ¡Yo te lo diré! Arrastrarnos por esas calles. ¡Y podíamos darnos la gran vida como estos tipos de la Quinta Avenida...! No, no te rías. ¿Qué hace falta para ganar la pasta? ¿Talento? Tú lo tienes a toneladas. Si tú quisieras nadaríamos en dinero. ¡Pero siempre te ocurre lo mismo! Cuando se presenta la oportunidad, aparece una mujer y te vuelves loco por ella...

¡Y entonces se acaban los billetes, la comida, y no podemos ni pagar el alquiler de la oficina...!

Jay tosió y repaso:

—A propósito, Lewis. He de decirte una cosa.

—Ya me lo contarás en el hotel...

—Ha de ser ahora.

—No seas cruel, Jay. Déjame soñar al compás de esta música.

—Me parece buena idea. Cierra los ojos.

Yates abatió los párpados y su faz se inundó de una expresión beatífica. Entonces declaró Jay:

—No tenemos dinero para pagar lo que hemos comido.

Yates continuó soñando treinta segundos más. De pronto pegó un salto de la silla y exclamó:

—¡¡Qué!!

Los clientes de la docena de mesas más próximas dieron sendos respingos, asustados.

—Vamos, Lewis. No hay para tanto —rezongó Mitchel.

Yates miró a su amigo y se dejó caer en la silla emitiendo el gemido de un moribundo.

—Verás —dijo Jay—. No pude cobrar los doscientos dólares del señor Simpson. Se marchó, abandonó su apartamento sin dejar sus nuevas señas...

—Sí, ¿eh?

—Ha sido mala suerte, muchacho —murmuró Jay, moviendo la cabeza significativamente—. No sabía cómo decírtelo. Me faltó valor y..., bueno, te había prometido una cena en esta choza y...

—¿Cuándo fuiste a cobrar lo de Simpson? —preguntó Lewis.

Mitchel carraspeó y repuso:

—Naturalmente, hoy.

—¿Sí? ¿Y qué has hecho durante los dos días en que no has aparecido por el hotel ni por la oficina?

—Oh, fui a ver a la hermana de mi madre. Ya sabes, vive en Boston. La pobre está muy enferma. Me envió un telegrama y...

—¡Grandísimo farsante! —exclamó Lewis, apretando los labios—. Conque has ido a Boston... Conque no has cobrado lo de Simpson... ¡Yo te diré lo que has hecho...! Te soltaron los doscientos pavos y tú te largaste de juerga con esa pelirroja que actuó de testigo en el proceso...

—¿Una pelirroja? —inquirió Jay, con un infantil parpadeo—. ¿Es cierto que tuvimos una pelirroja en nuestro último caso?

—¡No te hagas de nuevas! ¡A estas horas debes saber si lleva algo postizo...!

Hubo un silencio y Jay admitió:

—No. Todo es de primera calidad.

Yates prorrumpió en un sollozo, y su amigo se apresuró a confortarle.

—No sé cómo pasó, Lewis, te lo juro.

—Como todas las veces.

—Debió hipnotizarme, eso es. Te aseguro que me propuse no verla más. El asunto estaba terminado. Habíamos entregado el asesino a la policía. Cobró el último tercio de los honorarios...

—Y te la encontraste casualmente en la calle.

—¡Eso fue!

—Igual que a la modelo y a la *vedette*, y a la manicura de los otros casos que nos han confiado... A todas te las encuentras casualmente en la calle...

Jay se mordió el labio inferior y dijo:

—Tienes razón, Lewis. Soy un traidor. Merezco la silla eléctrica. ¿Qué estás esperando? Anda, pégame...

Yates observó tristemente el cigarro apagado entre sus dedos y lo dejó en el cenicero.

—¿Qué va a pasar ahora, Jay? —se quejó.

—No te preocupes. Lo arreglaré.

—¿Tú crees? Lo que hemos comido vale una fortuna. Pollo, langosta, caviar, Napoleón 1800, champaña y estos habanos, además de otro montón de platos...

—De eso me ocupo yo... —llamó al camarero y le pidió la cuenta.

Yates escondió el rostro en las manos.

El mozo alargó a Jay la nota, quien después de ver la cifra que sumaba el ágape hizo repetidos gestos de buscar la cartera en todos los bolsillos, con resultado infructuoso.

—¡Caramba! ¿Será posible que la haya olvidado...?

Los labios del mozo borraron la sonrisa que hasta entonces los había distendido.

—Quizá el señor... —propuso, clavando sus pupilas en Yates.

Este que miraba por los resquicios de los dedos se achicó en la silla, y exclamó, poniendo las manos sobre la mesa:

—¿Yo...? ¡Imposible...! También se me olvidó.

El empleado comenzó a palidecer.

—Caballeros..., yo les ruego...

—¿Podría hablar con el *maitre*? —sugirió Jay, sin perder su aplomo.

—Síganme —indicó el camarero.

Poco después, tras la puerta que conducía a la cocina, el *maitre* era informado de lo que acontecía.

—Pero los caballeros llevarán algún talonario de cheques...

—No —negó Jay.

—En ese caso, un botones acompañará a uno de ustedes a su domicilio para hacer efectiva la nota, y el otro se quedará aquí en el intervalo. Siento adoptar esta medida, pero ustedes sabrán hacerse cargo...

—Escuche, amigo —contestó Mitchel—. Le voy a decir la verdad. No tenemos pasta para pagar el rancho que nos ha dado. Pero le aseguro que en dos o tres meses le saldaremos la cuenta...

Las palabras se atropellaron en la boca del *maitre*, tal era su indignación.

—Puede fiarse de nosotros —dijo Lewis, sin mucho convencimiento—. Le pagaremos hasta el último centavo...

Jay sacó rápidamente una tarjeta del bolsillo, y la entregó manifestando:

—¡Somos gente de confianza! Hay un montón de personas que pueden poner la mano en el fuego por nosotros...

El *maitre* leyó la tarjeta en voz alta:

—«Jay Mitchel y Lewis Yates. Detectives Particulares. Absoluta reserva: Edificio Salisbury, calle Veintidós Este». —Apartó de sí la cartulina con el mismo gesto que si fuera un trozo de bacalao.

—Eh, ¿qué le pasa? —preguntó Mitchel.

Gruesas gotas de sudor perlaban la frente del encargado. Su cara pasó del rojo al amoratado.

—Se han creído que podían tomarme el pelo, ¿verdad? Yo les demostraré que conmigo no se juega.

—Oiga... —Pretendió interrumpirle Jay.

—Les haré detener, y no quedará ahí la cosa. ¡Pediré que les retiren la licencia...!

En aquel instante un mozo surgió junto al *maitre* y susurró con voz alterada:

—¡Ahí está Archie Mackae, señor Collins!

Collins miró con ojos espantados al que le daba tal noticia y

exclamó:

—¡Dios Santo! ¡Era lo que faltaba esta noche...! ¡Archie Mackae...!

—¿El pandillero? —inquirió Jay.

El *maitre* asintió.

—He oído hablar de Archie y deseo conocerle —siguió diciendo el detective—. ¿Qué relación le une a él?

—Ninguna. Quiere que le pague «Su protección».

—¿Cuánto?

—Doscientos semanales.

Mitchel dio un silbido y gruñó a Lewis.

Collins se había acercado a la puerta y observaba el salón por la mirilla. Jay le cogió un brazo, llamando su atención.

—Escuche, señor Collins, ¿cuánto daría por quitarse de encima a ese extorsionista?

—¿Quiere decir que...?

—¿Es bastante que dejemos liquidada nuestra cuenta?

—¿Bastante? ¡Les invitaría a otra cena!

Jay miró a su socio.

—¿Crees que podrás hacerlo, Lewis?

—Sólo necesito que me indiquen quién es el sujeto.

Se acercó a la puerta y juntó su cabeza a la del *maitre*, quien decía:

—¿Ve aquel hombre alto, el que está sentado con la joven morena?

—¿El de corbata de lazo y cabello canoso?

—De acuerdo. En seguida vuelvo.

—¡Ése es! ¡Archie Mackae en persona!

Yates salió al comedor y Jay ocupó su puesto de observador pegado a Collins.

Vieron cómo Lewis se desplazaba por el piso, llegaba ante una mesa y hablaba con gesto hosco a un hombre de unos cuarenta y cinco años.

—¿Qué hace? —preguntó Jay.

—¡No es ése! ¡Se ha equivocado! —Su voz fue un lamento continuado.

Mitchel abrió la puerta y echó a andar rápidamente hacia el lugar en que se hallaba su socio.

Pero era demasiado tarde para impedir la catástrofe. Cuando se hallaba a medio camino vio cómo Yates se agachaba unos centímetros, levantaba en vilo con una mano a la víctima y le atizaba un fantástico derechazo.

El cuerpo del agredido salió disparado hacia atrás con la velocidad de una locomotora «Diesel» último modelo. Arrolló a su paso a dos hombres, una mujer, un camarero, una mesa, tres sillas; se internó por la pista, abatió media docena de parejas, y por fin quedó frenado y exánime.

El alboroto fue tremendo. Empezaron a herir el aire chillidos femeninos y voces espantadas. Alguien creyó que en el Pingüino Club se acababa de experimentar una V2. Mitchel llegó junto a Lewis, que esbozaba una sonrisa de satisfacción.

—¿Qué te parece, Jay? Es de lo mejor que he hecho en mi vida.

—¿Tú crees? ¡Ese tipo no es el que tenías que sacudir!

—¿Eh?

—¡Te has confundido! ¡Larguémonos...! ¡Pronto!

Pero Jay, que era quien proponía la huida, estaba como pegado al piso contemplando con admiración a la mujer más hermosa que se había topado en su vida. Tenía, todo aquello que él había deseado poseyese una hembra. Ojos negros y grandes como océanos; labios rojos como la sangre; piel fina como la seda, y lo demás, que era mucho, bien repartido.

—¡Vamos, Jay! —chilló Lewis.

Mitchel quiso desparramar una última mirada por la superficie del monumento y éste desvió los faros hasta él. Entonces, al encontrarse las miradas, el detective se dio cuenta, de que la joven era la compañera de mesa del hombre que su socio había fulminado. Maldijo para sus adentros y murmuró:

—Lo siento, preciosa, llevo veintiocho años en este mundo, buscándote. He venido por ti hoy... ¡y nos estropean la escena! Pero te juro que nos volveremos a encontrar...

—¡Oh...! ¡Ooooooh...! —exclamó la joven, con un mohín que Jay encontró delicioso.

Lewis dio un tiró del brazo de su amigo y faltó poco para que se lo arrancase de cuajo. Se abrieron camino entre lo gente y, agachándose para no ser vistos, pudieron ganar el *hall*, en el que se detuvieron un minuto para recoger sus gabardinas y sombreros.

Ya en la calle, apretaron el paso y pudieron considerarse a salvo.

—¡Buena la he hecho! —dijo Lewis, compungido—. Collins, nos denunciará a la policía por lo de la cena y lo del puñetazo...

—No te preocupes —repuso Jay, con voz alegre—. La vida es de color de rosa.

—¿Qué? —inquirió Yates, extrañado.

—¿No has visto a la chica que iba con ese fulano?

—¿Crees que he tenido tiempo para fijarme?

—Yo sí. Es lo más maravilloso que he encontrado desde que lancé el primer berrido.

—Lo mismo has dicho de las otras.

—Ésta es distinta.

—Menos mal que no tiene relación con ningún caso. —Yates hizo una pausa y después exclamó—. ¡Eso me recuerda que no tenemos trabajo!

—No pienses en eso ahora...

—¿No? ¿En qué quieres que piense? ¿Qué comeremos mañana? ¿O acaso vas a utilizar el mismo truco que has representado en el Pingüino?

—Inventaré otro. No me interrumpas, Yates. He de grabarme a fuego en la mente la imagen de esa dama.

—¡Al diablo con las mujeres! ¡Ellas son las culpables de que nos encontremos arruinados!

Caminaron durante media hora, sin que Lewis interrumpiese sus denuestos. Pero Jay no lo escuchaba, recordando centímetro a centímetro el cuerpo grácil y esbelto de la joven morena.

Se alojaban en el Mundial Hotel, un establecimiento de tercera categoría entre los de su clase. Jay había dicho muchas veces a su compañero que algún día pisarían las gruesas alfombras del Waldorf Astoria, pero se hallaban en el Mundial desde que les concedieron la licencia como detectives tres años antes, y lo peor era que siempre andaban retrasados en el pago. Esa noche, apenas entraron en el hotel y cuando se dirigían rápidamente al ascensor, la voz de Isaías Macomby, el gerente, les obligó a detenerse.

—¡Ah, son ustedes! —Macomby, bajo, rechoncho, con boca de batracio se aproximó a los huéspedes y añadió con una sonrisita malévola—: ¿Qué tal, señor Mitchel? Hace dos días que no le veo.

—Es cierto. Fui a Cincinnati a arreglar el asunto de la herencia.

—¿Sí? —replicó Isaías, con escepticismo—. ¿Quién se le ha muerto?

—Mi abuelo Jonás. Un gran tipo. Tenía que haberle conocido. Se forró en el Klondike a principios de siglo.

—¡No me diga!

—A todos nos llega nuestra hora. A Jonás también, por supuesto. Lo he sentido mucho. Nos llevamos muy bien las dos veces que nos vimos. En fin, qué se le va a hacer...

Macomby sostenía una lucha consigo mismo. ¿Creía o no las palabras de Mitchel? Algunas veces le había engañado, pero jamás había recurrido a hablarle de una herencia.

—¿Y le deja mucho?

—Poca cosa —repuso Jay—. Media docena de edificios en Chicago, algunas acciones de Ferrocarriles, otras de la Standard Oil Company...

El gerente hizo dos acentos circunflejos con sus cejas.

—¿Es cierto?

—Tendrá que perdonarnos, señor Macomby. Estamos muy cansados. —Jay hizo un ademán de ir a retirarse, pero de improviso miró a su asombrado interlocutor, y dijo—: Por cierto que ahora recuerdo... Debemos tener una pequeña cuenta pendiente...

—Oh, no se preocupe, señor Mitchel. Carece de importancia.

—¿No quiere que se la salde ahora?

—Puedo esperar. Están muy cansados. Vayan a dormir. Buenas noches...

Subieron en el ascensor los dos amigos, lo abandonaron en la tercera planta, se internaron por un pasillo y Jay abrió la puerta marcada con el número 45.

—¡Buen susto me has hecho pasar! —resopló Lewis, cuando estuvieron ambos dentro del apartamento.

—¡Ha sido una buena idea! Mañana le pediré cinco pavos prestados.

—¿Crees que te los dará?

—Seguro, y quizá añada otros cinco espontáneamente —contestó Jay, tendiéndose en una de las camas que había en el dormitorio.

—Nos estamos entrapando —quejóse Lewis—. No sé cómo acabaremos, si no se deja caer un cliente por la oficina. Habrá que

hacer algo.

—Ya se me ha ocurrido.

—¿Qué?

—Al pasar por el Madison he visto en la puerta un cartel anunciando que el Circo Barnum necesita vendedores de helados...

Yates lanzó un bufido.

—¿Eso? ¿Quién ha hablado de trabajar?

Jay rió fuerte, y en ese instante repiqueteó el timbre del teléfono. Lewis puso cara asustada, mirando al aparato como si fuese un cobrador.

—Debe ser la policía, Jay. Es por lo del Pingüino.

—¿Desde cuándo la policía detiene a distancia? —Mitchel se sentó al borde de la cama y cogió el micro de la mesilla de noche poniéndoselo al oído—. Sí, diga... ¿Eh? ¡Usted! ¡Sí, sí Jay Mitchel! ¿Qué desea? ¡Claro que sí, preciosa! ¡Ahora mismo! ¡No, no me olvidaré! Sí, hasta ahora...

El detective colgó el auricular y una expresión de triunfo inundó su rostro.

—¿Quién era? —preguntó Yates, intranquilo.

—La mujer de mis sueños.

—¿La que acompañaba al que aticé? ¡Me lo suponía! ¿Qué quiere?

—Verme. No puede vivir sin mí. —Jay se incorporó, quitóse la americana y la camisa y pasó al cuarto de baño ante la estupefacción de Yates.

Éste corrió tras su amigo.

—¿Estás bien de la cabeza, Jay? ¿Qué te ha dicho, realmente?

Mitchel se lavó concienzudamente la cara y las orejas. Entre una y otra ablución, contestó:

—¿Es que no crees en el flechazo, Yates? La joven se ha enamorado de mí.

—¡Y un cuerno! ¡Yo sé de qué se trata!

—Cuéntamelo, mientras me peino.

—¡Una trampa! Te esperará en cualquier parte acompañada por el *maitre*, su amiguito y la policía.

—Tienes una gran imaginación, Yates. Un día de éstos te compraré una máquina de escribir y te pondré a trabajar en guiones para el cine. Nos hincharemos de ganar dinero. ¿Hay camisas?

—Sabes que la única que tienes es la que llevas puesta. Dijiste que te comprarías media docena con tu parte en lo de Simpson.

—Lo olvidé. Déjame la tuya rayada.

Yates suspiró, sacó una maleta de debajo de su cama y extrajo la camisa.

Minutos después, Jay se cepillaba cuidadosamente el traje.

—¿No crees que debo acompañarte? —sugirió Yates—. Al fin y al cabo, yo he tenido la culpa de todo.

Mitchel le miró sonriente.

—Eres un condenado embustero, Lewis.

—¡Es cierto! Yo soy el culpable. Te hice prometer que comeríamos un día en el Pingüino. Soy un estúpido.

Jay palmeó a su amigo en el cogote, diciendo:

—Gran muchacho. No pases cuidado por mí. Acuéstate y duerme como un lirón.

—Con una condición: que me despiertes y me cuentes todo cuando llegues.

—¡Claro que sí! Hasta luego, Lewis.

Jay se acercó a Macomby, que se hallaba acodado en el *comptoir* resolviendo el problema de palabras cruzadas de un diario.

—¿Se divierte, Isaías?

El gerente levantó la mirada y replicó:

—Creí que se iba a acostar.

—Acaba de llamarme el abogado de mi abuelo. Me ha invitado a una fiestecita que tiene organizada en el Stork Club.

—¡En el Stork Club! —exclamó el otro, admirativamente.

—Bueno, a partir de ahora creo que podré concurrir a los sitios elegantes. Ya sabe, cuando uno tiene dinero... Cuente con una invitación... Vendrá conmigo a cenar cualquier noche.

—¡Señor Mitchel! ¡Es usted muy amable!

Jay se humedeció los labios, y murmuró:

—El caso es que me encuentro en un apuro. Verá, a un sitio de éstos no se puede ir con un dólar y unos pocos centavos. Ya me entiende, solamente con las propinas que hay que soltar para mantener el tipo, se necesita algún dinero... En fin, he pensado que usted...

—Será un placer, señor Mitchel. ¿Cuánto quiere?

—Quizá con cien me pueda arreglar.

—¡Cien! —bramó Macomby, temblándole las aletas de la nariz.

—Trataré de no estirarme mucho.

El gerente tragó saliva repetidas veces, y terminó asintiendo. Sacó la cartera y entregó a Jay cien dólares en diversos billetes.

—Muy agradecido, señor Macomby. Hasta luego. —Empezó a andar hacia la salida y a mitad de camino se detuvo y volvióse para decir—: ¡Ah! Y no eche en olvido lo de mi invitación.

Isaías resopló, moviendo la cabeza.

Veinte minutos más tarde, Jay bajaba de un taxi frente al edificio Maxon de la calle Veintidós, y echó a andar por la acera conforme a las instrucciones recibidas. La morena se encontraba en un conflicto. Eso era lo que había dicho por teléfono. ¿Podría él ayudarla? Jay sonreía recordando esta pregunta. ¡Claro que iría en su auxilio! Lo hubiese hecho aun cuando hubiera tenido que vencer mil obstáculos.

Vio un coche negro con las luces apagadas. Estaba aparcado frente a una tienda de flores. Era el automóvil en que le esperaba ella. Apretó el paso y llegó junto al vehículo. Tenía las cortinillas echadas. Abrió la portezuela de un tirón, y antes de que tuviera tiempo de contemplar el interior, dos brazos le sujetaron y tiraron de él bruscamente hacia dentro.

Sintió que algo estallaba en su cabeza, y sus ojos se llenaron de extrañas lucecillas parpadeantes.

Pasó centenares de años sumergido en el vacío, en la nada y de pronto, volvió a la vida.

Una especie de niebla empezó a disiparse lenta, muy lentamente. Pudo ver un diván, más tarde las paredes de una habitación, después una puerta...

Tenía la boca pegajosa, como si hubiera estado mascando algodón, y sentía un terrible dolor de cabeza. Entonces se dio cuenta de que se hallaba tendido en el suelo. Incorporóse, agarrándose al brazo de un sillón cercano.

De pronto, un cañonazo retumbó en su cerebro y tuvo que apoyarse para no volver a caer.

Sucedió otro estruendo, que vino acompañado por una voz:

—¡Abra la puerta!

Estas palabras le acabaron de despertar. Se encontraba en un

departamento que le era desconocido. No le gustó. Recordó que cuando en las películas ocurría algo parecido a un personaje, éste, indefectiblemente, descubría un cadáver.

Pasó dificultosamente del saloncito en que había recobrado el conocimiento, a un dormitorio, y dio un suspiro de alivio al ver que no había ninguna persona, ni viva ni muerta.

Vio el cuarto de baño y pensó que le vendría bien remojarse la cabeza.

No llegó a pasar del umbral. Allí estaba lo que había temido. Metido en el baño. Todavía conservaba el hematoma que Lewis le había producido al golpearle en el Pingüino. No había tenido tiempo de desnudarse totalmente. Estaba en paños menores y miraba con ojos inmóviles la alcachofa de la ducha. Una gota de agua caía intermitentemente de ésta sobre un agujero negro y rojizo que el muerto tenía en la frente. Un redondo e insignificante orificio de bala había sido suficiente para que por él se le escapase el tenue hilillo de la vida.

CAPÍTULO II

El aporreamiento de la puerta y las voces, cada vez más perentorias y alteradas, le devolvió de nuevo a la realidad. Obró rápidamente. La chaqueta de la víctima colgaba de una percha. La registró, encontrando un par de sobres que guardó en su bolsillo, dejando para más tarde el examen de su contenido. En la cartera sólo había cincuenta y dos dólares en billetes y la fotografía de una rubia. Dejó el dinero y archivó la foto junto a las cartas. No había más.

Abrió la ventana y vio que daba a un patio. A unas tres yardas había otra ventana iluminada, y entreabierta. Un escalofrío le recorrió la espalda, porque para llegar a ella tendría que pegarse a la pared como un reptil y caminar por un pequeño alero de no más de seis pulgadas de anchura. Era su único escape y no lo dudó. Se encaramó y sin mirar al vacío, adelantó el pie derecho. Aplastó las palmas de las manos contra el muro y movió el pie izquierdo. Tuvo la sensación de que su estómago se llenaba de aire y de que el corazón producía tanto ruido en su pecho como un taladrador eléctrico. Así fue desplazándose poco a poco hasta llegar a su objetivo. Se arrugó ante la ventana, metió una pierna, luego la otra y al tirarse hacia adentro se golpeó la nuca con el alféizar. Quedóse de cuclillas con los ojos cerrados por el dolor, y de repente, escuchó el sonido más parecido al maullido de un gato. Al abrir los párpados contempló a una rutilante pelirroja que lo miraba despavorida. Una hembra que hubiese provocado el delirio de exhibirse en el cinemascopo. El camión que cubría su cuerpo era un prodigio de simplicidad.

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha entrado?

Las preguntas también eran simples.

Jay sonrió, enderezándose, y repuso:

—Soy un cazatalentos de Hollywood, preciosa. Supe que la

tenían secuestrada y aquí me tiene para echar un rato de plática...

—¡No se mueva! ¡No pretenda tocarme!

—Claro que no, bombón. Si yo sólo quiero hablar con usted.

—¿Por qué no ha entrado por la puerta?

—¡Oh! ¿Es eso lo que la inquieta? ¿Pero no me reconoce? Soy el Hombre-Araña.

—¡Es usted un embustero! —De pronto la hermosa mujer soltó otro grito—: ¡Oh, es un ladrón!

—Acertó esta vez. Arsenio Lupin, para servirle.

Jay dio un taconazo e inclinó la cabeza. La joven se repuso de la primera sorpresa y dándose cuenta de la forma en que se hallaba, acertó a tomar un batín que había sobre una silla y se lo puso por encima de los hombros. Entonces, dijo:

—Por lo visto, lo único que le pasa a usted es que ha bebido tres copas más de la cuenta.

—Tiene mi palabra de que se equivoca. Verá, yo le contaré.

—No es necesario. Creo que el gerente le prestará la atención que merece.

—¿Va a ser desconfiada, pequeña? Deme una oportunidad, y sabrá reconocer la buena voluntad de un hombre.

La joven miró de pies a cabeza a Mitchel y el examen pareció satisfacerla. Declaró:

—Sinceramente, no recuerdo haberlo visto antes.

El detective juzgó indispensable halagar la coquetería femenina.

—Fue hace unos días —contestó, con la actitud y tono de un enamorado tímido—. Usted pasó cerca de mí y... Bueno, ¿qué culpa tengo yo de que desde entonces haya soñado todas las noches con una cabellera de fuego, con unos labios rojos?

Una voz varonil sonó de lejos, interrumpiéndolo:

—¿Dónde estás, Sonia?

La pelirroja dio un respingo y se asustó mucho más que antes.

—¡El! —exclamó, llevándose las dos manos al cuello.

—¿El? —inquirió Jay.

—¡Nos matará a los dos si nos descubre!

—¡Diablos! ¿Por qué no me dijo que tenía un Otelo en la familia? Me hubiese descolgado por otra ventana.

—¡Sonia! —llamó de nuevo el hombre.

Y se oyeron sus pasos.

—¡Pronto! ¡Escóndase debajo de la cama!

—No.

—¡Vuelva a salir por la ventana! ¡Es cuestión de vida o muerte!

Jay pasó a la ofensiva.

—No se ponga nerviosa, preciosa. Colóquese bien el batín y tápese hasta el cuello. Procure sonreír cuando yo hable. Si después de marcharme empeoran las cosas para usted, volveré para convertirme en su agente teatral. Con las piernas que usted tiene, nos podemos hacer ricos los dos en menos de un año.

Sonia obedeció apresuradamente, y apenas había anudado el cinturón del batín, apareció un hombre de unos cincuenta años, de estatura regular, con pocos pelos en la cabeza, y unas gafas de tres dioptrías sobre la nariz.

Se quedó perplejo, mirando al individuo que se hallaba en el cuarto de la pelirroja.

—¡Conque es él! —chilló enérgicamente Mitchel, avanzando hacia el recién llegado—. ¡Tenía ganas de pillarlo! ¡Ya sabía yo que si utilizaba este truco no fallaría!!

—¿Eh? ¿Eh? —Fue lo único que en principio pudo articular el miope.

—¡Conque falseando su declaración de impuestos! —Golpeó el detective sobre caliente—. ¡Y creyó que sería fácil burlar al fisco!

—¿Qui... quién es usted? —tartamudeó el aludido.

—Quiere saberlo, ¿verdad? ¡Jay Mitchel!

—Es un inspector del Departamento del Tesoro, Rosny —aclaró Sonia con un susurro.

La nuez bailó en la garganta de Rosny.

—Pero yo hice mi declaración en regla.

—¡Y qué declaración! —Mitchel soltó una cruel y teatral carcajada.

—Le juro que no falseé nada.

—¡Es lo que dicen todos! Pero usted no me engaña a mí, señor Rosny. Soy un buen sabueso, y sé distinguir a cien yardas al contribuyente que pretende eludir los impuestos. ¡Usted es uno de ellos!

En la frente del hombre aparecieron pequeñas gotas de sudor.

—Bueno, quizá me haya equivocado, señor Mitchel.

—¡Ah, ya admite que ha sido posible cometiese un error!

—Es bastante difícil hacer una declaración de impuestos. Me armo un lío con los gastos deducibles.

—¡No hablemos más, señor Rosny! ¡Tendrá que pagar la multa correspondiente!

—¿Nada más? —Baló Rosny, como si en un instante se hubiese escapado de una pesadilla.

—Depende de la gravedad de la defraudación. ¡Pueden tocarle hasta diez años de prisión! ¿Es que no se acuerda del caso de Al Capone? No lo pudieron coger por sus delitos de sangre y el Departamento del Tesoro fue el que lo encerró entre rejas, basándose en una falsa declaración de impuestos...

Las piernas del miope se echaron a temblar. Sonia no hacía más que asentir al chorro de palabras que brotaban de los labios de Mitchel.

—Pero..., es imposible —rezongó Rosny.

Jay lanzó un suspiro y se dirigió hacia la puerta pasando junto a su casual víctima. Esto lo detuvo, cogiéndole de un brazo.

—¿Hay oportunidad de colocarme dentro de la ley, señor Mitchel?

El detective miró a Rosny y después a Sonia. Los ojos de ella le sonrieron.

—Sí —repuso—. Daré por terminado este asunto, si mañana envía a Washington la verdadera declaración...

—¡Cuenta con ello! —exclamó, gozoso, Rosny—. ¡Se lo prometo! Jay afirmó con la cabeza y se dispuso a salir.

—¿No se queda a tomar un trago, señor Mitchel?

—No bebo cuando estoy de servicio.

Sonia atrajo a Rosny y le indicó:

—Espera aquí, querido. Yo lo acompañaré hasta la puerta.

Rosny distendió los labios en una sonrisa y se mostró encantado. Cuando los dos llegaron al vestíbulo, Sonia dijo:

—Es usted el hombre más trapacero que he conocido en mi vida.

—Tampoco estuvo usted mal.

Ella se puso cerca del detective. Demasiado cerca.

—¿Cuándo volverá, Jay?

—He pensado que quizá no me necesite.

—Mentiroso. Si está loco por mí. ¿No insinuó que podíamos hacer algo?

Sintió el dulce calor que emanaba de la pelirroja y murmuró:

—Bueno, un día de éstos llamaré por teléfono.

Con la mano derecha abrió la puerta del apartamento y asomó la cabeza. Unos pasos más allá, había dos hombres con aspecto de policías.

Abarcó a Sonia por la cintura y la sacó al pasillo, besándola fuertemente en la boca. Al apartarse de ella, vio que los agentes contemplaban embobados la escena.

La joven parpadeaba en éxtasis.

—Bueno, querida —dijo Mitchel—. Subiré en seguida con la botella.

Agitó la mano en el aire, dirigiéndose hacia la escalera.

No encontró dificultades en el camino a la calle y una vez fuera, descubrió que su aventura se había desarrollado en el hotel Sahara.

Alejóse del distrito tan rápidamente como pudo. Media hora después de haber abrazado a Sonia, saludaba al encargado de noche del hotel donde se hospedaba, y subía al apartamento que se repartía con Lewis. Éste dormía plácidamente. Se encerró en el cuarto de baño y extrajo del bolsillo las cartas y la fotografía que habían pertenecido al muerto. Aquéllas iban dirigidas a Percy Kramer. La primera la firmaba un tal Scott, estaba fechada en Washington, el 18 de octubre, y decía:

«Querido Percy:

»He conseguido se te conceda una audiencia el próximo día 23. Han prometido prestarte toda su atención. No dudo que sabrás convencerlos, y que tus trabajos serán debidamente recompensados. He hecho la advertencia de que nadie conoce tu secreto. Brindo por tu éxito. Te abraza tu mejor amigo».

La otra carta la escribía un tal Maby, llevaba fecha del 19 del mismo mes en Saint Paul (Wisconsin) y en ella se leía lo siguiente:

«Estimado señor Kramer:

»Le participo por la presente el fallecimiento del que fue su buen amigo Barry Freeman. Ocurrió hace hoy exactamente doce días. Como usted sabe, Barry sólo

deja una hija, Patricia, de la que usted quizá se acuerde. El caso es que se ha ido al otro mundo tal como vivió, o sea, con sólo lo puesto. Patricia es una buena chica y me da pena que, por las circunstancias de la vida, se vea precisada un día u otro a aceptar cualquier proposición deshonrosa de los muchos hombres malos que hay por el mundo. Usted es una gran persona y puede que los lazos de afecto que le unían a Barry, le inspiren la maravillosa idea de llevarse a su casa a Patricia. ¿Puede ser? Estoy segura de que Barry lo bendeciría desde el Cielo si fuese capaz de hacer una cosa así por su Pat. En el caso de que su buen corazón se apiadase y llevase a la práctica mi sugerencia, le ruego no mencione mi nombre a la chica, ya que todo el mérito le corresponde a usted, puesto que yo sólo he cumplido con mi obligación.

»Afectuosamente, su servidora».

La rubia de la fotografía aparentaba unos treinta y cinco años de edad, vestía blusa y pantalón deportivo y era una belleza en su plenitud. Estaba dedicada al pie: «A Percy, con todo mi cariño. De su Eva».

Jay guardó todo de nuevo en su americana y al no tener nada claro en su mente, decidió que lo más trascendental por el momento era dormir. Y se acostó.

A la mañana siguiente, lo despertaron los berridos de Lewis, quien se duchaba cantando el *baiao* de Tiomkin, *Si me abandonas*.

Jay intentó taponarse los oídos con la almohada, pero los pulmones de Yates eran muy poderosos, y terminó por renunciar a seguir durmiendo.

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Canta lo que quieras! ¡Pero aprende la música antes! ¡Estás desafinando!

Yates asomó la cabeza por el hueco de la puerta y sonrió:

—¿Qué tal esa aventura, Casanova? No, no me lo digas. Por tu humor se ve que diste con un hueso.

—¡Tú qué sabes! Entérate. Rechacé la oferta de una pelirroja.

—¡Je, je! Dicen que para mentir hay que tener memoria. ¿No dijiste que era morena?

—¡La pelirroja es otra!

—¡Oh, sí, claro! Apuesto a que esta mañana saldrás con Elizabeth Taylor, por la tarde con Ava Gardner y estarás comprometido para cenar con Jane Russell...

—¡Vete al diablo!

Yates rió fuerte, mientras Jay se ponía en pie. Aquél terminó su aseo y entonces le dijo su amigo:

—Baja y sube la prensa. Compra todos los diarios de la mañana...

Lewis miró a su compañero con perplejidad.

—¿Te has vuelto loco?

—¡Estoy perfectamente! Toma dinero y no se te olvide... ¡Todos los periódicos!

Yates se encogió de hombros, se vistió y salió del apartamento. Regresó cuando Jay respiraba entrecortadamente bajo el chorro de agua.

—¡Jay! ¡Eh!

—¿Qué pasa? ¿Ha estallado la guerra?

—¡Peor que eso! ¡Increíble!

—¡Desembucha de una vez!

—¡Tenemos que damos prisa! ¡Hemos de huir!

Jay se arrebujó en la toalla y sentóse en el borde del baño con mucha parsimonia. Yates continuó con sus aspavientos.

—¡Han asesinado al tipo que dejé K. O. en el Pingüino! ¡Resulta que se trata de un pez gordo!

—¿Quién es?

—¡Se llamaba Percy Kramer y era investigador!!

—¿Qué investigaba?

—¡Lo he leído por encima! Pero creo que se dedicaba a mirar los microbios.

—¿Y qué más?

—¿Qué más? —chilló Lewis—. ¿Te parece poco? ¡Dirán que lo maté yo! ¡Medio centenar de testigos me vieron pegarle!

—Si hubiese sido al revés, tendría una explicación.

—Los polizontes no atienden a razones. Ellos quieren un culpable y yo estoy hecho a la medida de ese crimen. ¡Tenemos que huir!

Yates dejó en el regazo de su amigo los diarios y empezó a

pasear a grandes zancadas por el dormitorio.

Jay leyó que Percy Kramer había nacido en Chicago cuarenta y cinco años antes, graduóse en Ciencias Químicas en la Universidad de Harvard, y dedicó su vida a la investigación, habiendo pertenecido al personal del Instituto Rockefeller. Era un hombre de costumbres, morigeradas, y se había mantenido soltero. La Brigada de Homicidios había destacado al teniente Robert Fosse para llevar la investigación, a cuyas órdenes estaban el sargento Romo Leonard y los agentes Mac Carran y Dixon. Se acompañaba una fotografía bastante clara de Percy Kramer.

Todos los diarios daban una noticia parecida, por lo que Jay dedujo que la policía ignoraba, en el momento de informar a los periodistas, que Kramer había cenado esa noche en compañía de una mujer en el Pingüino Club y que en este local la fiesta no transcurrió en un ambiente muy pacífico.

—¿Qué te pasa, Jay? —preguntó Lewis—. ¡Ya debíamos estar muy lejos de Nueva York! ¡Maldita sea! ¡No tenemos dinero!

—Le saqué a Macomby cien dólares.

—¿Es posible? —El rostro de Yates se transfiguró—. ¡Entonces estamos salvados! ¡Iremos al aeropuerto! ¡Podemos alquilar un avión que nos lleve a Canadá!

—Sospecharían de nosotros.

—¡Y un cuerno! ¡Es ahora cuando intentarán cargarme el muerto!

—Que lo intenten y yo les demostraré su error...

—¿Cuándo? ¿Después que me hayan liquidado en la silla eléctrica? ¡No, gracias! No consentiré que me utilices como conejillo de Indias para probar a la policía que eres un gran detective.

—¡Si ni siquiera matarías a una mosca, Lewis! ¡Yo lo sé!

—¡Pero ellos, no! ¡Y eso es lo único que me importa a mí!

—¡Está bien! —exclamó Jay—. No te puedo obligar a que te quedes. ¡Te entregaré la mitad del efectivo! ¡Lárgate a Canadá, a la Argentina o al Polo Norte! ¡Ése es el pago que me das! Me lo tengo merecido.

Jay se dirigió a la silla sobre cuyo respaldo tenía la americana, sacó la cartera, contó cincuenta dólares y se los alargó a su amigo.

—¡Anda, cógelos! ¿Qué esperas? ¡Son tuyos!

Lewis frunció el ceño, se pasó una mano por la boca, y

finalmente acercóse a Jay y tomó los billetes.

—Márchate cuanto antes, no sea que la policía ande ya sobre tu pista.

—Ven tú. Jay.

—¿Yo? Ni lo pienses. Mi puesto está aquí. Se ha cometido un crimen en nuestras propias narices y tenemos que resolverlo.

—Nadie nos ha encargado de ello. Nosotros somos profesionales. Tenemos que vivir, y para vivir necesitamos dinero...

—¡No continúes! Y escucha esto, Yates. Yo estoy metido en ese asesinato hasta el cuello. Me tendieron una trampa. Cuando acudí al lugar donde me citó la morena, me metí en la boca del lobo. Entró en un coche y me atizaron. Al despertar me hallé en el apartamento de Percy Kramer...

—¡No! —chilló Lewis.

—¡Puedes jurarlo! Fui el primero en descubrir el cadáver. Desperté cuando la policía llegaba y sólo tuve el tiempo justo de largarme ejecutando un número que si lo hago en el Circo Barnum, me ponen en la pista central...

—¡Está claro, entonces! ¿Cuál es tu duda? ¡Tenemos que coger ese avión los dos!

—Ed imposible.

Jay mostró las cartas y la fotografía que había retirado del apartamento de la víctima.

—¿De qué se trata?

—Pertenecieron a Kramer.

Lewis palideció hasta la raíz de los cabellos.

—¡Jay! ¿Cómo lo has podido hacer? ¡Estás ocultando pruebas!

—No podía obrar de otra manera... Si no hubiesen estado aporreando la puerta, hubiera, leído las cartas, examinado la fotografía y las habría dejado en su sitio. Pero eso no equivale a nada. Sacaremos copias de las cartas y de la foto y mandaremos los originales por correo al teniente Fosse. El se pondrá muy contento al ver que todavía quedan ciudadanos que colaboran.

—¿Y qué hará cuando sepa que esos ciudadanos se llaman Jay Mitchel y Lewis Yates? ¡No, no me lo digas! Yo también sé cómo las gasta el teniente con nosotros, desde la primera vez que se nos ocurrió meter la nariz en un caso de homicidio. A veces la victoria está en la huida. No recuerdo quién dijo eso, pero desde luego debió

ser un gran tipo. ¡Aún tenemos tiempo de hacer las maletas!

—¡Be acuerdo, márchate! Déjame en esta hora de infortunio. — La voz de Jay empezó a adquirir un tono melodramático—. Lucharé sólo contra la adversidad. Haces bien en largarte. Después de todo, conmigo únicamente has pasado malos ratos. —Mitchel se acercó a una alacena, sacó una maleta y la puso sobre la cama—. No te olvides de llevarte la camisa que me prestaste anoche... Te será fácil encontrar un amigo como yo. Un amigo que te tienda la mano, te ofrezca su techo, su cama y su comida..., que se sacrifique tanto hasta el punto de preferir romper con su prometida cuando ella le propuso el matrimonio, a separarse de su compañero...

Los ojos de Yates parpadearon. Tragó saliva un par de veces. Sintió que el corazón se le encogía y que le faltaba muy poco para llorar.

—Al fin y al cabo, ¿qué soy yo? —seguía diciendo Mitchel—. Un hombre vulgar, un cualquiera. A mi lado no podrás encontrar nunca una oportunidad de enriquecerte. Siempre la miseria, la más cruel y dura de las miserias...

—¿Quieres callarte de una vez? —gimió Lewis—. Eres el mejor de los hombres. ¡Vales más que nadie! ¡Llegarías a presidente, si te lo propusieses!

—¿Entonces, no te vas? —gritó Jay con alegría.

—¡Prueba a echarme y te romperé hasta el último hueso!

Los dos amigos se abrazaron y en seguida Jay empezó a vestirse silbando una canción. Yates se sentó en una silla y después de estar un rato pensativo, miró a su socio con sorpresa, y advirtió:

—¡Oye, Jay! Yo fui quien te ofreció esta habitación, la cama y la comida cuando te recogí aquella noche en la puerta del cine.

—¡De acuerdo! —repuso Mitchel, sonriente—. Pero deberás reconocer que también lo podría haber hecho por ti...

—¡Maldita sea! ¿Qué me pasará que siempre me convences con tus mentiras?

—¡Vamos! ¡Hay que trabajar, haragán!

Salieron del apartamento, y al pasar por el *comptoir*, Macomby les dio los buenos días con una sonrisa apta para la publicidad del peor de los dentífricos.

En el camino a la oficina se detuvieron en el laboratorio fotográfico de Jorge Eneas, y Mitchel le encargó sacase una buena

copia de la rubia. Jorge aseguró que la tendría lista en una hora y quedaron en que Jay pasaría a recogerla.

La oficina no era más que una habitación pequeña, con una mesa en la que había un teléfono y un sillón giratorio, dos sillones de cuero bastante deteriorados, un archivador y una mesita con una máquina portátil. En el muro de la derecha, conforme se entraba, había una puertecita que daba al pomposamente llamado por los detectives cuarto de aseo, no siendo otra cosa que un rectángulo de un metro noventa de alto y cincuenta centímetros de ancho, en el que habían instalado un receptáculo para los casos de urgencia.

Al entrar en el despacho, Lewis se agachó para recoger la correspondencia que el portero introducía todas las noches por debajo de la puerta.

—Nada menos que seis cartas —dijo—. Quizá haya alguna de un diento.

—Ni lo sueñes. Será lo de todos los días. Los acreedores, con su última advertencia invitándonos a pagar antes de acudir a la vía judicial...

—De todas formas, les echaré un vistazo mientras tú copias esos mensajes de ultratumba. ¿Se dice así?

Mitchel sacó papel de un cajón, lo puso en el rodillo de la máquina, se sentó ante ella y empezó a teclear.

—¿Nos interesa éste, Jay? La agencia Valga por Cuatro nos envía la propaganda de un curso de huellas digitales por correspondencia.

—¡Al diablo!

—Hay tres cursos más, uno sobre venenos, otro que se refiere a la balística y el último sobre..., ¡por el bigote de mi abuela! ¿A que no sabes qué se estudia en el último curso?

—A matar por hipnotismo.

—No, señor. ¡Pantorrillas! ¡Eso es lo que dice aquí! Oye esto: «Usted podrá llevar a buen fin el caso criminal que le confíen, si conoce a fondo las diversas clases de pantorrillas de mujer. Cada pantorrilla tiene su secreto. Envíe dos dólares por giro postal a nuestra central y le remitiremos un completo curso en doce lecciones. Nota: Se incluyen las piernas de Betty Grable. No lo olvide. Por sólo dos dólares...». ¿Qué te parece, Jay?

—Hay muchas formas de vivir sin trabajar. Ésa es una de ellas

—opinó Mitchel sin interrumpir su trabajo en la máquina.

—No te creas que ese tipo del curso va descaminado. Las pantorrillas deben influir algo en ti. En todos nuestros casos, cuando hay una mujer que las tiene bonitas, ¡estamos perdidos...! No es que a mí me disgusten, pero sé contenerme. ¡Caramba, tú te lías y te lías y uno no sabe cuándo vas a acabar!

—Son casualidades.

—¿Es una casualidad lo de la pelirroja del caso Simpson? Te encandiló y ya ves los resultados. Te limpió los doscientos dólares en un solo día.

—Dos.

—¡Está bien, dos! ¿Y ahora? Le echas una mirada a esa morena del Pingüino, y en seguida..., ¡catástrofe! Me gustaría encontrármela cara a cara. No le he pegado jamás a una mujer, pero ésta se merece un trato duro...

En aquel instante sonó el timbre de la puerta. Los dos amigos se miraron, e inmediatamente Jay sacó el folio de la máquina, lo unió a las cartas y guardó todo bajo el cesto de los papeles. Cuando hubo terminado, hizo señal a Lewis para que abriese.

Yates abrió y en el umbral apareció la joven morena del Pingüino Club.

CAPÍTULO III

Los dos detectives contemplaban a la hermosa muchacha sin que se les oyese el resuello.

Ella estaba aún más linda que la noche anterior. Vestía un traje sastre príncipe de Gales castaño y calzaba zapatos de tacón alto del mismo color. Parecía un modelo escapado de la mejor página del *Vogue*.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

Y sus labios formaron un corazón mientras esperaba la respuesta.

—¡Claro que sí! —exclamó Jay, recuperando el habla y el movimiento.

La joven entró. Lewis giró, siguiéndola con la mirada, y cerró la puerta como un autómata.

—¿Quiere hacer el favor de sentarse? —invitó Mitchel, señalando el sillón menos viejo.

Ella se sentó y cruzó las piernas, unas piernas largas y perfectas.

Los dos pares de ojos varoniles recorrieron su figura, y Lewis carraspeó.

—¿A qué debemos el honor, señorita? —preguntó Jay con una sonrisa, en tanto se sentaba en el sillón giratorio.

—¿No me recuerda, señor Yates?

—Yo soy Mitchel, Jay Mitchel. Y ése es Lewis Yates, mi socio. Juntos formamos la más perfecta sincronización de cerebro y músculos en la lucha contra el delito.

—El es el cerebro —intervino Lewis, con una mueca—. Y se dejó engañar por usted como un chino anoche.

La morena miró a uno y otro detective, reflejando en el rostro gran sorpresa.

—¿Que yo engañé al señor Mitchel? ¿De qué forma?

Jay dijo:

—Perdone a mi socio, señorita...

—Flanagan, Anna Flanagan.

—Yates es a veces impulsivo. Se refería a que anoche, después de haberla conocido a usted en el Pingüino Club, recibí una llamada telefónica femenina. Me dijeron que la que hablaba era usted...

—¡Oh! ¡Pero eso es imposible! ¿Y qué ocurrió después?

—Me citaron en cierto sitio y... Bueno, tuve dificultades.

—No sabe cuánto lo siento, señor Mitchel. Le aseguro...

—No es necesario que se excuse. Alguien usurpó por unos minutos su identidad con el fin de tenderme una trampa. Pero todo eso es agua pasada. ¿Prefiere que pasemos a hablar del motivo que la trae a este despacho?

—Si usted me lo permite... Verá, supongo que está al corriente de lo sucedido al señor Kramer.

—He leído los diarios de la mañana.

—Lo que le voy a solicitar está en relación con ello.

—¿Con el asesinato?

—¡No! Con el señor Kramer. El caso es que la posición en que he quedado no es muy halagadora. —La joven hizo una pausa y se humedeció los labios con la punta de la lengua—. Yo soy casada, señor Mitchel.

Jay tuvo la sensación de que le descargaban un mazazo en la cabeza.

—¿Comprende, señor Mitchel? —inquirió la presunta cliente.

—¡Si no es usted más explícita...!

—¡Está bien claro! Anoche cené en compañía del señor Kramer. Poco después lo mataron. Forzosamente ha de ocuparse de mí la policía.

—¿La han interrogado?

—Todavía no. ¿Se da cuenta? Mi marido, que está ausente pero que llegará a Nueva York dentro de tres días, se enterará y..., ¡no quiero pensar en lo demás!

—En resumen, señora Flanagan, ¿qué desea de nosotros?

—Que me mantengan apartada del caso y que descubran al asesino en el plazo de setenta y dos horas... ¡Antes de que Harry vuelva a casa!

—Lo primero que nos pide no está en nuestras manos. Es la policía oficial la que se ocupa del asunto. Descubrirán que usted

cenó anoche con Kramer y quizá otras cosas...

Anna Flanagan se ruborizó y atajó:

—¡La prohíbo que me hable en esos términos!

—Le advierto que antes de aceptar el trabajo que nos encargue hemos de saber la verdad. —Jay miró fijamente a las brillantes pupilas de la mujer y puntualizó—: La verdad, sea cual fuere.

—Me parece una condición razonable. Y la verdad es ésta: Kramer y yo sólo manteníamos una sincera y limpia amistad.

—¿Desde cuándo?

—Digamos unos tres años.

—¿Dónde se conocieron?

—En Nueva York, durante una reunión de sociedad.

—Tengo entendido que Kramer vivía como un lobo solitario.

—Lo de anoche le prueba que en ciertas ocasiones admitía una excepción.

—Es cierto. ¿Estaba casada cuando lo conoció?

—Sí. Pero mi marido no sabía nada.

—¿Por qué no se lo comunicó?

—Lo consideré como algo sin trascendencia. Kramer era todo espiritualidad. Nos veíamos muy de tarde en tarde. Yo era siempre quien lo llamaba para preguntarle por sus investigaciones..., y a veces me invitaba a cenar, como anoche.

—¿Sabe en qué clase de investigaciones se ocupaba?

—Trataba de conseguir un gas.

—¿Un gas? —preguntó Jay.

—Un arma mucho más terrible que la bomba atómica o la de hidrógeno...

Jay emitió un silbido y dijo a continuación:

—He leído que Kramer trabajaba en el Instituto Rockefeller...

—Presentó la dimisión hace un año para dedicar todas sus horas al descubrimiento del gas venenoso en un laboratorio que montó por su cuenta.

—¿No lo financiaba el Gobierno?

—Quería presentar pruebas tangibles en Washington y por ello realizaba sus ensayos con carácter privado.

—¿Sabe si consiguió su propósito?

La pregunta quedó suspendida en el aire. Los dos detectives inclinaron el busto hacia su informante.

—No lo sé.

Jay y Lewis lanzaron un gruñido decepcionante y entonces añadió Anna:

—Pero estaba muy optimista últimamente. A mis preguntas replicaba siempre con lo mismo: «Va bien, va bien...».

—¿Le conocía usted algún enemigo?

—Mis relaciones con él no llegaron a tanto. Desconocía en absoluto la esfera de sus amistades.

—Entonces, ¿cómo es que se conocieron en aquella reunión de sociedad? ¿Quién era el anfitrión? ¿Quién los presentó?

—Hace tanto tiempo de eso, que no recuerdo el nombre de la persona que dio la fiesta. Acudo a tres o cuatro de ellas por semana. Comprenderá que es difícil retener los nombres de quienes me invitan. Y en cuanto a la presentación, no hubo quien la hiciese. Yo lo vi a él, él me vio a mí y nos pusimos a hablar. Ya sabe cómo son estas cosas...

—¿A qué se dedica su marido?

—Es el principal accionista de una sociedad de bienes raíces. Últimamente han construido unos cuantos chalets en Florida y va y viene frecuentemente.

—Cuénteme lo que ocurrió ayer desde que se puso en contacto con Kramer.

—Lo llamé por teléfono hacia las seis de la tarde. Después de hablar unos cuantos minutos de nuestro respectivo estado de salud en las últimas semanas, le pregunté por sus experimentos, y me dio la respuesta que les he dicho. Después me invitó a cenar, acepté y a las ocho pasó a recogerme. Fuimos al Pingüino y ya sabe lo que pasó allí.

—Aparte de lo de mi amigo, ¿ocurrió algo más que llamase su atención?

—Absolutamente nada. Después de irse usted, lo incorporaron, le hicieron volver en sí con unas compresas y aún nos quedamos quince minutos. Luego nos marchamos y me dejó en casa.

—¿A qué hora?

—¡Recuerdo que eran las nueve y media!

—¿Por qué lo recuerda?

—Tengo por costumbre mirar el reloj cuando entro en casa.

—¿Dónde vive?

—En el número 182 de la Séptima.

Hubo un silencio. Lewis parecía una estatua, de pie, con las manos a la espalda. Jay observaba atentamente a la joven. De pronto, disparó a boca de jarro:

—¿Por qué se ha dirigido a nosotros?

—¿Cómo?

—¡No prepare una respuesta! ¡Usted ignoraba quiénes éramos! ¡Desconocía nuestros nombres, nuestra profesión, nuestra dirección! ¡Y no me diga que eligió al azar una agencia de detectives entre las que figuran en el listín de teléfonos!

—¡Claro que no, señor Mitchel! —exclamó Anna, iracunda.

—¿Entonces?

—¡Leí su tarjeta!

Los dos detectives enarcaron las cejas, asombrados.

—El *maître* del Pingüino estaba muy resentido con ustedes. Según decía, eran dos estafadores.

Jay y Lewis se miraron, enrojeciendo súbitamente. Anna Flanagan continuó:

—El *maître* mostró la tarjeta de ustedes a Kramer, diciendo que iba a llamar a la policía y que no dormirían en sus camas...

La hembra calló repentinamente y movió los labios dando la impresión de que le costaba trabajo acabar lo que había iniciado.

—¿Qué más? —La animó Jay—. Dígallo. No se preocupe.

La voz de ella se convirtió en un murmullo:

—Cuando salíamos, con la excusa de ir al tocador, me separé de Kramer y me acerqué al *maître*. No había llamado todavía a la policía. Estaba demasiado indignado y preocupado por dar pelos y señales de ustedes a algunos clientes. Lo atraje adonde pudiera hablarle a solas y le rogué que no hiciese más publicidad de lo sucedido. Aboné el importe de la cuenta que habían dejado impagada, añadí una buena propina y me entregó la tarjeta, dándome su palabra de que allí quedaba zanjado todo.

—¿Por qué hizo eso? —preguntó Mitchel.

—¿Y es usted el «cerebro»? —repuso, sarcástica, la visitante—. ¿Es que no lo ha comprendido con lo que le tengo relatado? Si intervenía la policía podía salir mi nombre a relucir. Quise evitar el escándalo.

—Be acuerdo —suspiró Jay.

—Pero ya ve que ahora el asunto se ha complicado. Como tenía la tarjeta de ustedes, al enterarme esta mañana del asesinato, he decidido hacerles esta visita. ¿Queda todo claro o requiere más luz?

—Así que somos sus deudores —dijo Mitchel, frotándose la barbilla.

—Considérenlo como una invitación.

—De ninguna manera. Se lo pagaremos, naturalmente. Verá, nuestros honorarios son módicos. Ocho dólares diarios más los gastos y acostumbramos a solicitar un anticipo a cuenta.

La joven abrió el bolso, sacó un rollo de billetes y lo dejó sobre la mesa, diciendo:

—Ahí tienen cien dólares en concepto de anticipo. Si realizan su trabajo con éxito, les recompensaré con quinientos más. ¿Les parece bien?

—¡Estupendo! —exclamó Lewis sin poder contenerse.

Jay cogió el dinero y lo guardó en el bolsillo.

—Hay algo más, señor Mitchel —advirtió Anna Flanagan.

—Bueno, ¿qué es?

—Tengo un par de cartas de Kramer en casa. Quiero que se haga cargo de ellas.

—¿Por qué no las ha traído?

—Estaba tan nerviosa que se me olvidaron. Me acordé cuando entraba en el edificio.

—¿De qué le habla Kramer en esas cartas?

—De varias cosas íntimas, entre las cuales se refiere a ciertas personas que intervinieron en sus ensayos.

—¡Demonio! —exclamó Yates—. ¡Una de ellas debe ser el asesino! ¡Está claro como el agua! Lo dejaron vivir hasta que consiguió el gas venenoso. Entonces uno de los que conocían el asunto lo liquidó, robándola la fórmula.

—No está mal —murmuró Jay, levantándose al mismo tiempo que la visitante.

—¿Y yo qué hago? —dijo Lewis.

—Te quedas hasta que vuelva. Puede que en el intervalo nos visite algún cliente.

—¿Tú crees? —inquirió Yates detrás de la mujer. Y de pronto sé fijó en las pantorrillas femeninas—. Acuérdate del último de los cuatro cursos de esa agencia, Jay. Puede que tenga razón. Adivino

complicaciones.

Mitchel sonrió, invitando a Anna a que le precediese en la salida. Cuando ella hubo abandonado el despacho, Jay desde el pasillo miró a su socio y le guiñó un ojo diciendo en voz baja:

—Es un ángel, Lewis. Y un ángel no tiene complicaciones.

Yates cerró de un portazo.

La Flanagan tenía un coche aparcado en las inmediaciones del edificio, un majestuoso «Cadillac» último modelo, color azul.

La joven se sentó ante el volante y Jay lo hizo atrás. El automóvil se puso en movimiento, y el detective encendió un cigarrillo después que su cliente hubo declinado la invitación. El observaba los reflejos del negro cabello, e imaginaba la suavidad de aquella piel blanca que guarnecía el cuello grácil. Su olfato se llenaba del perfume a heliotropo que emanaba de la bella, y sentía un suave cosquilleo que le subía desde las plantas de los pies hasta la nuca, siguiendo el sendero de su espina dorsal.

Estuvo tan ensimismado en la adoración que perdió la noción del tiempo, y en un instante el coche se detuvo.

—¿Hemos llegado? —preguntó, mirando bruscamente por la ventanilla de su derecha—. Pero esto no es la Séptima.

Era un lugar que no conocía. Había sólo una casa, rodeada por algunos setos y flores.

—Es un chalet —explicó ella, cuantío saltaron del automóvil—. Aquí me recluyo, cuando mi mando realiza alguno de sus viajes. Lo prefiero a la fría residencia de la Séptima...

Echó a andar por un sendero de grava y él la siguió. Subieron una escalera de piedra. La joven sacó del bolso una llave que introdujo en la cerradura de la puerta y abrió.

Entraron y Jay cerró tras sí. Cruzaron un vestíbulo y pasaron a una sala. Anna Flanagan se separó rápidamente del detective, y éste se detuvo en el umbral, contemplando a tras hombres que había en la habitación. Uno de ellos, esbelto, rubio, de mejillas sonrosadas como una damisela, vistiendo un traje gris perla impecable, dio unos pasos hacia Mitchel, preguntando:

—¿Le costó mucho trabajo convencerlo, querida?

—Ha sido más fácil de lo que yo creía —repuso Anna, mirando a Jay—. Es un muchacho bastante ingenuo.

Mitchel clavó sus pupilas en las de la morena, los músculos de

su rostro adquirieron la dureza y la frialdad del mármol, las venillas de las sienes se le hincharon. Sentía una rabia terrible contra sí mismo. Mordióse el labio inferior hasta que de él brotó sangre. ¡En menos de veinticuatro horas había sido engañado dos veces por la misma mujer! Una mujer con todo el aspecto de un ángel, como la había llamado, y que resultaba ser el peor de los diablos.

El del traje gris perla llegó frente a él.

—Me gustan los muchachos ingenuos —declaró—. Son agradables y comprensivos. Estoy seguro de que usted también sabe lo que le conviene. ¿Verdad, Mitchel?

—No sé de qué me habla, Apolo —contestó el aludido.

El rubio soltó una bofetada en la cara de Jay que restalló como un latigazo.

Cuando el detective fue a descargar un puñetazo como respuesta, el otro saltó hacia atrás y sacó del bolsillo de la Chaqueta una pistola. Sonrió y dijo:

—Inténtelo y le salto la tapa de los sesos.

Jay hizo una mueca de asco, respiró profundamente y luego lanzó un escupitajo, mezcla de saliva y sangre, sobre su agresor, quien lo recibió en una manga del flamante terno.

—No eres más que un sucio ratón de cloaca en traje de domingo, Apolo.

El rubio se puso lívido, acercóse a su víctima y cuando ésta esperaba un culatazo, recibió un violento patadón en el bajo vientre, desplomándose en el suelo entre estertores y quejidos.

Anna Flanagan lanzó un grito y salió corriendo del salón.

CAPÍTULO IV

—¿Dónde tienes escondida la fórmula?

La pregunta la hacía un hombre de fuerte complexión que estaba en mangas de camisa, e iba dirigida a Jay Mitchel que se hallaba con el torso desnudo, de pie y en estado semiinconsciente.

Había otro individuo con una cazadora de cuero que contemplaba al detective, dispuesto a actuar.

—¿Dónde la tienes, condenado? —inquirió de nuevo el otro.

Jay, teniendo la barbilla hundida en el pecho, movió la cabeza en sentido negativo.

—Quieres que volvamos a empezar, ¿eh? ¡Bien! ¡De acuerdo!

—Pégale con cuidado, Nathan —dijo el de la cazadora—. Creo que no resistirá mucho más.

—Estupendo. Lo trataré con cariño, con mucho cariño.

Y descargó un despiadado gancho en la mandíbula de Mitchel, lanzándolo hacia su compañero.

Éste recogió el pingajo de carne, lo enderezó con un brazo y con el otro puño lo reenvió a Nathan.

Era un peloteo infrahumano durante el cual la sangre, el sudor y otras secreciones del torturado saltaban al piso, cubriéndolo de manchas que los propios pies vacilantes aplastaban. Esto hacía que Jay resbalase continuamente, y a veces los verdugos no atinaban a cogerlo y se derrumbaba, quedando exánime. Pero nuevamente era erguido, y comenzaba el martilleo.

—¿Por qué eres tan cabezota, muchacho?

—Sólo tienes que decimos dónde escondes la fórmula de Percy Kramer.

—Es sencillo. Tú nos señalas dónde guardas el *dossier* del gas venenoso, y te dejamos suelto.

La contestación de Jay era siempre negativa. Al principio, cuando tenía fuerzas, solía responder:

—¿Por qué no ponéis un anuncio en la prensa? Puede que alguien se la haya encontrado.

O bien:

—¿Se trata de un concurso? ¿Qué es lo que me daréis si acierto la respuesta?

Tales frases provocaban la ira de los sicarios y el castigo aumentaba en rudeza. Poco a poco, conforme se sucedían las horas, Jay iba perdiendo energías. Y en este instante, cuando se hallaba con el pecho descubierto porque la camisa le había sido arrancada a jirones, el agotamiento llegaba a ser casi absoluto.

Su rostro era irreconocible. Tenía tan fuerte hematoma en el ojo derecho que no podía abrirlo. Los dos labios estaban partidos. En el pómulo derecho, una grieta se había cansado de chorrear sangre, y soltaba un líquido semigelatinoso. Las orejas parecían hallarse al rojo vivo. Marcas, arañazos y excoriaciones se repartían sobre el cuello, el pecho y los brazos.

El rubio entró en la habitación desamueblada donde se desarrollaba la escena.

—¿Ha hablado? —preguntó, mirando a la víctima que sujetaba Nathan.

—Le hemos bajado los humos, y ahora no dice chistes. Se limita a negar con la cabeza. No tiene fuerzas ni para hablar.

—¡Estúpido! Por lo visto, quiere ocupar un lugar en la lista de héroes.

—¿Nos lo cargamos? —sugirió el de la cazadora.

—No. Será mejor que aplacéis el trabajo. Curadle las heridas, lavadlo y ofrecedle comida. Que esté así veinticuatro horas.

—¿Qué plan es ése? —inquirió Nathan.

—El mejor. Mañana, si continúa resistiéndose a hablar, le daréis otra paliza. Entonces notará más el castigo y sabrá distinguir. Este sistema da buenos resultados. He visto a tipos con más aguante que éste en la primera sesión, y que luego, siguiendo ese tratamiento de que os hablo, se han puesto de rodillas llorando cuando ha empezado la segunda.

—De acuerdo, jefe. No hay más que hablar —dijo Nathan.

—¿Y si fuese verdad que no sabe nada? —preguntó el otro verdugo.

—No eres más que un imbécil, Víctor —le espetó el rubio—.

Déjate de pensar por tu cuenta. Ya hay otros que se encargan de esa misión.

Siguiendo las instrucciones recibidas, Jay fue lavado y curado. Cuando tuvo la cara recubierta de esparadrapos, pusieronle la chaqueta y lo llevaron a la cocina. Allí comió unas lonchas de jamón, dos huevos fritos y bebió dos tazas de café caliente. Nathan le puso un cigarrillo entre los maltrechos labios, y le acercó la llama de un fósforo. Jay encendió, soltó un par de chorros de humo por la nariz y preguntó:

—¿Puede saberse dónde es la fiesta?

Nathan lanzó un gruñido y repuso:

—No intentes volver a hacerte el gracioso, polizonte. Ya sabes que trae malas consecuencias.

Mitchel sonrió, contestando:

—En el fondo no sois malos chicos. Me habéis pegado cuánto os ha dado la gana y luego, al ver mis escombros, habéis sentido arrepentimiento.

—Será mejor que olvides eso —aconsejó Víctor.

—¿Por qué? Recordaré vuestro rasgo mientras viva. Me habéis curado como lo hubiera hecho una madre. ¿Y la comida? ¿Y las dos tazas de café? ¿Y este cigarrillo? ¡Qué grandes muchachos! Tenéis un gran corazón. Está recubierto por un blindaje de sesenta centímetros de espesor..., pero a veces también se derrite.

—¡Ya está bien de discursos! —masculó Nathan.

—Claro que sí. Ya acabé. No debes sofocarte. Se te podía subir la sangre a la cabeza, y eso produce a veces una embolia. Caerías muerto de repente. ¡Qué gran pérdida para el país!

Nathan hizo una mueca y se dispuso a golpear nuevamente el rostro del detective. Lo detuvo una voz seca y cortante como el filo de una navaja.

—¡Quieto, imbécil!

El rubio entró en la cocina y apartó a Nathan de un empujón, enfrentándose con Jay.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó.

—No fue más que un dolor de cabeza pasajero —sonrió Mitchel—. Supongo que sabrían disculparme.

—Continúa de buen humor, ¿verdad? Eso me gusta. Cuando se habla de negocios, es casi indispensable para llegar a una rápida

comprensión. ¿Quiere seguirme? Éste no es lugar adecuado para que dos hombres hablen de cosas importantes.

Jay salió detrás de su anfitrión y a continuación lo hicieron los dos buitres. Recorrieron un pasillo y salieron al vestíbulo. A la izquierda de éste, se hallaba el despacho. Nathan y Víctor quedaron a la puerta.

Jay vio una larga mesa, dos sillones y un diván de alegres colores, un mueble-bar y varios paisajes sobre las paredes.

—Siéntese, señor Mitchel. Creo recordar que con el alboroto producido por su llegada, alguien olvidó presentarnos. Me llamo David Hutchinson.

—¿El de la fábrica de fideos y pasta de sopa?

Hutchinson quedó unos segundos indeciso, y al fin sonrió levemente y repuso:

—No tengo profesión determinada. Considéreme como un hombre de negocios.

—No sé cuáles son, aunque me los figuro. Pero debo reconocer una cosa, Hutchinson. Sabe elegir su harén. ¿Tiene en venta a la morena?

—Creo que desvía la conversación, Mitchel. ¿Me deja a mí que la dirija?

—Adelante, Estoy tan interesado como por una película de indios.

—¿Sabe por qué lo hemos invitado a venir a esta casa?

—Su morena me dijo que era la secretaria de Mervin Le Roy, y que éste necesita un galán para su próxima película. La Metro está cansada de Robert Taylor y Stewart Granger. Me aseguró que yo era el tipo que necesitaban y...

—¡Basta! —gritó Hutchinson—. ¡Conseguirá usted cansarme con sus necesidades! ¡Le aseguro, Mitchel, que está jugando con su vida!

—¡Entonces, qué diablos quiere! ¡Métase en la mollera que su pareja de gorilas me han estado zurrando sin yo saber por qué lo hacían! ¡Le repito que vine engañado aquí! ¡La historia fue otra, pero pudo ser la que yo cuento! ¿Cómo puede un hombre convencer a dos esquizofrénicos que desconoce lo que le preguntan? ¿O es que usted también es un productor del doctor Frankenstein y me va a soltar el mismo interrogatorio?

—¡Está mintiendo!

—¡Le digo la verdad! Lo único que sé de la fórmula de ese gas que tanto le interesa, me lo contó la propia hembra que me envió como anzuelo.

—¡Cállese! —ordenó Hutchinson, dando un puñetazo sobre la mesa. A continuación sacó de un bolsillo de su chaqueta un cuaderno de notas, que mostró a su interlocutor—. ¿Ve esto? Es el recordatorio o diario que utilizaba Percy Kramer. Aquí, en la última página escrita, dice lo siguiente: «Confiar fórmula a Jay Mitchel».

El detective frunció el ceño, lo que le produjo un dolor súbito en el ojo negro.

—¡Es imposible! —exclamó—. Percy Kramer y yo no nos conocíamos. En el Pingüino Club lo vi por primera vez en mi vida, horas antes de que fuera asesinado. ¡Y ni siquiera en ese instante supe su identidad! Fue después, cuando me desperté en su apartamento...

—¡No me coloque a mí ese cuento!

—¿No ha podido alguien que no fuese Kramer escribir esa frase?

—Es la propia letra de Kramer. Casi cincuenta páginas escritas, bastan para descartar toda posible falsificación.

—¡Supongamos que, efectivamente, pensase facilitarme la fórmula, aun cuando ignoremos la causa que lo impulsase a ello!, ¿se le ha ocurrido pensar que no pudo confiármela porque fue muerto antes?

—¡En ese caso la hubiéramos hallado en su despacho, en su dormitorio o en cualquiera de las habitaciones de su apartamento! ¡Y oiga esto! ¡Lo hemos desmantelado sin que hayamos encontrado lo que buscamos!

Jay quedóse pensativo durante un rato.

—Rechace lo que le va por la cabeza, Mitchel —dijo el rabio—. Tampoco está entre su correspondencia. Abrimos una por una todas las cartas dirigidas a usted o a su agencia.

—Por lo visto no se olvidan de nada.

—¿Se da cuenta por qué, inexcusablemente, la fórmula ha de estar en su poder? ¡La tiene usted, y nos la va a entregar aunque tengamos que quitarle la piel a tiras para conseguirlo!

—¿Miraron en el tubo del desagüe?

—¿Eh?

—Me refiero al tubo del lavabo.

—¡Nathan! ¡Víctor! —llamó Hutchinson.

Los sicarios entraron.

—¿Habéis examinado los tubos de desagüe del apartamento de Kramer?

—Yo, no —contestó Nathan, mirando por el rabillo del ojo a su compañero—. Supongo que lo haría Víctor.

—Yo pensé que tú... —se justificó el otro.

—¡Pedazo de imbéciles! ¿Es ésa la forma que tenéis de trabajar? ¡Marchaos inmediatamente y regresad volando!

La pareja de cuervos salió apresuradamente de la habitación.

David se puso en pie sonriendo, y sacó una pitillera de plata.

—Celebro que colabore, Mitchel. Un hombre inteligente como usted debe saber de qué lado colocarse para escapar con el menor daño posible. ¿Un cigarrillo?

—No, gracias. Me corroe la lengua una pregunta.

—Hágala.

—Supongamos que encontrasen la fórmula, ¿qué pasaría conmigo?

Los ojos del rubio brillaron regocijados.

—No me irá a decir ahora que tiene miedo, Mitchel.

—Pues se equivoca. El pánico me hace temblar, ¿no lo nota? Cada salto de mi corazón equivale a una fuerza motriz de cincuenta mil kilowatios hora.

—Como cómico es usted muy bueno. ¿Por qué no se dedica al teatro de variedades?

—Ya lo hice y sólo comía una vez al día. Me decidí por el detectivismo y ahora hay jornadas que las paso con un tazón de leche. Todavía no ha contestado a mi pregunta.

Hutchinson sacó una pistola y la observó detenidamente dejándola sobre el borde de la mesa, al alcance de la mano. Después, repuso:

—Si encontramos la fórmula en el lugar que usted ha dicho, el asunto quedará liquidado.

—Amplíeme el concepto de «liquidación».

—Tendrá que reconocer que usted mismo, en mi caso, adoptaría ciertas medidas para evitar la ruina del negocio. Sería tonto que teniendo la fórmula en mi poder, permitiese que un estúpido polizante lanzase sobre mí al FBI.

—Ya entiendo —murmuró Jay—. ¿Sabe que ahora es cuando empiezan a interesarme de verdad sus manejos, Hutchinson?

—Demasiado tarde para usted, ¿no le parece?

—Quizá. Pero siempre queda la esperanza de que Kramer no guardara la fórmula en el tubo del lavabo. Su pareja de zoquetes puede volver con las manos vacías.

—Eso sería muy lamentable para usted.

Un hombre de estatura media, de fuerte complexión y manos grandes, entró en el despacho sin llamar. Vestía un traje azul con rayas grises. Hubiera destacado entre cinco mil individuos aglomerados en la plaza de Manhattan.

—¿Cómo te ha ido, Slim? —preguntó el rubio.

El recién llegado dirigió a Mitchel una mirada de cansancio, y al volver los ojos hacia quien le interrogaba, contestó:

—Tendremos que darnos prisa. La policía empieza a ir atando cabos.

—¿Y esto?

—Norman Baxter, un antiguo colaborador de Kramer, que vive en Washington, ha venido a Nueva York en avión al enterarse de la muerte de su amigo. Se ha puesto a disposición del teniente Fosse. Pero eso no es lo peor. Temo que Baxter se marche con el cuento al FBI. El teniente tratará por todos los medios de impedir que se le escape el asunto de las manos, pero en cuanto los del Departamento Federal huelan de lo que se trata, no se pararán en barras y obrarán por su cuenta.

Hutchinson aplastó el cigarrillo en un cenicero con gesto rabioso.

—¡Imbéciles! —barbotó—. Sois un hatajo de inútiles...

—Pero, jefe... —Quiso excusarse Slim.

—¡Muérdete la lengua! Si hubieses hecho lo de Kramer como se había planeado, ya hace horas que estaríamos a cubierto de cualquier peligro. ¡Habéis marrado el golpe! ¡Eso es lo que ha ocurrido! ¡Todos juntos no valéis el precio de una bala!

Slim aguantó estoicamente a pie firme la lluvia de improperios.

Jay intercaló:

—Tenía que haber confiado su trabajo a una agencia de detectives como la mía, Hutchinson. Operamos con la máxima reserva y nuestros honorarios son bastante discretos.

—¡Basta de chistes, Mitchel! ¡Estoy harto de usted!

—Ya lo dijo antes.

El rubio cogió la pistola y apuntó con ella a Jay.

—Abra la boca una vez más y será la última.

Hubo un silencio. Jay se miró las uñas, mientras él era observado por Slim con un punto de admiración.

David dejó otra vez el arma sobre la mesa, se apartó a un lado, descolgó el teléfono y marcó un número. Transcurrió un minuto.

—Aquí Hutchinson... No, aún no tenemos la fórmula... Algo ha salido mal... Comprendo sus críticas, y sólo me asiste la excusa de que mis hombres han procedido torpemente. Estoy intentando recuperar el tiempo perdido. Le llamo para anunciarle que con toda probabilidad el FBI intervendrá en el asunto... ¿El detective particular? Sí, aquí está... Ya he pensado en ello. No se preocupe, no hablará... La, joven se portó mejor de lo que, esperaba. Pierda cuidado, sabré rematar lo empezado. El trato era ése y yo soy un hombre de palabra. Trabajaremos al máximo rendimiento. Le volveré a llamar esta noche. De acuerdo...

Mitchel lanzó una carcajada y Hutchinson lo miró con prevención.

—¿De qué se ríe?

—No le gustará si se lo digo. Es mejor que me calle.

—¡Suéltelo ahora mismo!

—Está bien. Me ha hecho gracia eso de que haya detrás de su negocio un hombre misterioso como en las películas de espionaje. Apuesto a que es un tío de campanillas.

—¡Sí!, ¿eh? —masculó Slim—. ¿Le doy el paseo, jefe?

—¡No!. Tengo un número especial para el señor Mitchel. Y por nada del mundo permitiré que me lo eche a perder.

Jay salió impulsado del sillón en que se hallaba, como si súbitamente hubiese sido lanzado al espacio por los muelles del asiento.

Aterrizó junto a la mesa y se apoderó de la pistola antes que su dueño o Slim pudieran tratar de impedirlo.

—¡Quietos, muchachos! —chilló con ojos febriles—. ¡Al que mueva una ceja lo aso como a un ternero! ¡Rásquense el cogote! ¡Vamos! ¿Es que no me oyen? ¡Las manos a la nuca!

David y el del traje llamativo obedecieron lentamente.

—No haga eso, Mitchel —advirtió Hutchinson con voz Ominosa—. Recuerde que no está rodando un filme.

—¡Eso es lo que parecen ustedes! *Gangsters* de guardarropía. Usted. Hutchinson, ha visto demasiado a George Sanders. Sólo le falta el monóculo y la boquilla para parecerse a él. Con el tiempo los hubiera usado. Y en cuanto a sus verdugos, se deben haber pasado las grandes tardes contemplando a Richard Wirdmark, a James Cagney y a Edward G. Robinson...

—Aún tiene tiempo de rectificar, Mitchel.

—¿Ve? Hasta habla como lo haría Sanders. Parece que tiene un huevo duro en la boca. ¡Trágueselo ahora que puede! ¡Pónganse de cara a la pared! ¡Vamos, rápido! ¡Sin bajar las manos! Eso es. Buenos chicos.

—¿Qué va a hacer? —inquirió Hutchinson.

—Le preocupa, ¿verdad? —rió nerviosamente Jay—. ¿Me ha visto la cara? ¿Qué cree que debo hacer con los que me han puesto como un mapa?

—Reconozco que Nathan y Víctor se excedieron. Son un par de retrasados mentales. Pero yo impedí que acabasen la faena. Lo hubiesen pulverizado si yo no hubiera intervenido...

—Ya tengo los ojos llenos de lágrimas. No continúe.

Usted tiene un corazón tan tierno como el de una colegiala recién graduada, ¿no es eso? Seguro que lo pervirtieron las malas compañías... ¡Pobre David! Tan sencillo, tan bueno, tan caritativo...

Jay se acercó al rubio y le propinó un culatazo en la cabeza fulminándolo sobre la alfombra del piso.

Slim giró sobre sus talones, pero el detective estaba preparado para repeler cualquier agresión.

—Olvida ese mal pensamiento, Slim. ¡Continúa con las manos en la nuca! Tú también eres bueno, ¿eh? Y hasta serías capaz de asegurarme que el día de Navidad cantas por las calles en el coro del Ejército de Salvación... ¡Qué estupendo trío de voces! Tú, Nathan y Víctor haciéndoles la competencia a las hermanas Andrews. ¡De espaldas, Slim! ¡Eso es!

Jay pegó otro culatazo y el del traje azul a rayas grises se desplomó, quedando recostado sobre la pared, mostrando en el rostro una sonrisa angelical.

Mitchel echó a correr hacia la salida. Antes de llegar al

vestíbulo, oyó unos gruñidos extraños y se detuvo tratando de localizarlos. De pronto, sintió unos golpes suaves en una puerta cercana. La abrió y quedó mudo por la sorpresa.

A sus pies, vio maniatada y amordazada a la hermosa joven morena que lo había engañado dos veces en menos de veinticuatro horas.

—¿Qué tal, señorita? —dijo—. ¿Jugando al escondite?

CAPÍTULO V

—¡Le repito que me llamo Patricia Freeman! —decía la muchacha a Jay, mientras el taxi en que viajaban corría por la calle, rumbo a la oficina del detective—. ¿Mi padre y el señor Kramer fueron amigos hace tiempo? Papá murió y hace unos días Percy fue a verme a Saint Paul y me convenció para que le acompañase. Deseaba que me graduase en una Universidad y que me bastase a mí misma en la lucha por la vida.

—Y así paga lo que pretendía hacer por usted. Se pasó al enemigo.

—¿Cómo puede usted decir tal cosa? Estos gangsters me engañaron.

—¿Acaso espera que la crea? ¡Acabó su crédito!

—¡Le juro que es cierto! ¡Me dijeron que pertenecían al FBI! ¡Hasta me enseñaron sus placas! ¿Qué podía hacer yo? Me aseguraron que usted había asesinado a Kramer para robarle una fórmula de no sé qué gas venenoso. Solicitaron mi colaboración al objeto de prenderlo a usted...

—¿Por qué habían de pedírsela? ¡Yo no la conocía a usted!

—Hutchinson me dijo que lo habían estado observando en el Pingüino y... Bueno...

—Continúe. Es muy interesante.

—Se habían dado cuenta del efecto que yo le produje cuando se acercó a la mesa de Kramer y me descubrió.

—¿Qué efecto? —preguntó Jay, un poco molesto, porque sus sentimientos fuesen tan evidentes.

—Pues Hutchinson afirmó que yo lo había flechado.

—Sí, ¿eh? No sabía que ese maldito gángster fuese psicólogo. ¿Y usted se lo creyó?

—No tenía más remedio. Se trataba de Percy Kramer. Estaba muerto y... —La voz de la joven se quebró en un sollozo—, él ha

hecho mucho por mí, señor Mitchel... Me devolvió la confianza que había perdido.

Jay pensaba que ahora todo estaba de acuerdo con lo que sabía de Pat Freeman. Esta idea trajo rápidamente otra a su mente. ¡Había dejado las dos cartas bajo el cesto de los papeles!

—¿Dónde se aloja usted, Patricia?

—En el hotel Conrad. Allí me instaló Kramer provisionalmente. Decía que encargaría a una agencia de Bienes Raíces la adquisición de una casa que reuniese condiciones para vivir los dos.

—¿Qué pasó con nuestra tarjeta de visita? ¡Y quiero la verdad!

—Yo no fui quién se acercó al *maître*, sino Kramer. Vi que hablaban y que Percy le entregaba dinero y se guardaba la tarjeta en el bolsillo.

—¡Entonces es cierto que pensaba confiarme la fórmula! Lo debió pensar en aquel instante. Estaría enterado de que había gente detrás de él, y quiso que alguien participase de su secreto para el caso de que le ocurriese algo... Lo malo es que ellos también estaban en el Pingüino y no pasaron por alto nada de lo sucedido.

—¿Quiere decir que usted no tiene la fórmula, señor Mitchel?

—¡Claro que no!

—Y yo que creí que usted era uno de esos tipos duros, que les pegan y les pegan y no sueltan nada...

—¡Qué desilusión...!, ¿verdad? —murmuró Jay, sarcástico—. ¡Ésta sí que es buena! Me parten la boca, me cierran un ojo, me colocan el hígado en donde debo tener un riñón y éste junto a una rótula..., ¡y todavía no le encuentra mérito...!

—¡Yo no he dicho eso! —protestó la joven.

—¡Está bien! La próxima vez que me coja Hutchinson le rogaré que me meta en el embudo de una máquina de picar carne... Entonces ya le pareceré algo durillo, ¿no?

El coche llegó a su destino, Jay pagó el importe de la carrera y saltaron a la calle.

Cerca del edificio donde se hallaba la oficina de los detectives había una camisería. Mitchel entró con Pat y se compró las dos prendas que los verdugos le habían arrancado a zarpazos. Se las puso en un departamento interior, y minutos más tarde la pareja ascendía en un renqueante ascensor que los dejó frente a la puerta de la agencia.

Jay abrió resueltamente y entró seguido de la muchacha.

Dos hombres se incorporaron asustados. Uno de ellos era Lewis Yates, quien al instante se recobró, y exclamó emocionado:

—¡Jay...! ¡Es Jay...! ¡Ya sabía yo que no podrían contigo, muchacho! —Y corrió a abrazarlo.

—No estés tan seguro de ello la próxima vez —repuso Mitchel, palmeando las anchas espaldas de su compañero.

El otro hombre era el sargento Romo Leonard de la Brigada de Homicidios. Frisaba en los cuarenta y cinco años, era rojo como una zanahoria y tenía el rostro cubierto de pecas.

—¿Cómo le va, sargento? —saludó Jay.

Leonard carraspeó y dijo:

—Al fin apareció, ¿eh? Yo en su lugar me hubiese ido a los infiernos, antes de poner el pie en esta oficina...

De pronto Yates fijóse en Patricia, que había permanecido tras Jay, y se separó de su amigo apuntando con el índice a la joven:

—¡Es ella, sargento! ¡Ahí la tiene...! ¡Deténgala...! ¡Ya le dije que cuando regresase mi socio, no lo haría solo...!

El policía observó con atención a la muchacha, y se rascó con un dedo la barba, frunciendo el entrecejo.

—Desde luego coincide con la descripción que nos dio, Lewis. Hubiese jurado, lo mismo que el teniente, que este tipo de mujer no existía, y que lo estaba inventando para preparar una coartada a su amigo...

—Olvídese de lo que le contase Lewis, sargento —indicó Jay.

—¿Qué? —exclamó Yates, parpadeando perplejo.

—Esta joven no tiene nada que ver con el asunto. Al menos en el sentido que supone mi compañero.

—¡No es cierto! —rezongó Lewis—. ¡No le preste atención, Romo, y cumpla con su deber!

El sargento sonrió, satisfecho por el giro que tomaba el diálogo, y declaró:

—Es Mitchel quien debe acusar a la mujer, si es que la puede acusar de algo.

—¿No se da cuenta, Romo? —gimió Yates con las manos extendidas hacia el policía—. ¡Jay trata de protegerla! ¿Qué le he dicho yo? ¡Si lo sabe perfectamente...! Mi socio se enamora de una mujer en cada caso en que trabajamos... Eso es lo que nos trae

siempre de cabeza.

Patricia miró a Mitchel con prevención.

—Lewis tiene demasiada fantasía, sargento —habló Jay—. Le repito que la muchacha está al margen del asunto que nos entretiene.

—Asunto que les entretiene, ¿eh? ¿Ahora se llaman así los asesinatos?

—No irá a creer que cometo uno todas las tardes, a la hora del té.

—En éste de Kramer está usted hundido hasta el cuello —opinó el sargento—. Pruebe a moverse y se hundirá tanto en el cieno que lo ahogará...

—Veo que cuando los dejo solos no saben andar un paso sin mí.

—¡Qué original! Al teniente y a mí se nos olvidó acudir al apartamento de Kramer para ver cómo lo despachaba. Otra vez envíenos el aviso con más antelación.

—Así que hubo alguien que notificó a la Brigada el crimen. Eso prueba mi coartada, ¿no le parece? El asesino me privó del sentido, me encerró con el cadáver y después les notificó a ustedes...

—No desperdicie tanto fósforo, Mitchel. Esa historia está ya muy gastada. No le sirve.

—¿Por qué no?

—Se corta como la mantequilla. Ustedes dos se fueron al Pingüino y se hicieron servir una cena a lo Aga Khan, sabiendo que no tenían dinero para pagarla. Llegó el momento de plantar cara, y se les puso la cosa fea porque el gerente del local decidió denunciarles a la policía. Entonces surgió lo de Archie Mackal y Yates metió el remo y pegó a Kramer. Usted acudió al lugar del accidente y se llevó a su amigo, aprovechando el alboroto. —El sargento hizo una pausa, inspirando con satisfacción.

—Ni por cinco mil dólares me perdería el final de su relato —dijo Jay con una sonrisa—. Es lo más emocionante que he oído hace mucho tiempo. ¿Qué pasó después?

El policía carraspeó y prosiguió:

—Ustedes estaban sin blanca, en la más completa ruina. Debían unas cuantas semanas del hotel, dos mensualidades del alquiler de la oficina, además de otras cuentas en la farmacia, en el restaurante donde acostumbran a comer, etcétera. Usted, Mitchel, recapacitó en

la calle que el tipo a quien había pegado su socio tenía facha de poseer dinero. Le dijo a Yates lo que iba a hacer, y él pretendió quitárselo de la cabeza infructuosamente. Lo cierto es que siguió a Kramer hasta el edificio donde vivía, y después de aguardar un rato subió al apartamento de su víctima, abrió la puerta con una llave falsa y lo metió en el cuarto de baño. Yates nos avisó...

—¡Yo no avisé nada! —gritó Lewis.

—Nosotros llegamos —continuó Romo sin hacer caso de la interrupción—, y usted escapó pasando por la ventana al apartamento adyacente, donde se hizo pasar por un inspector del Departamento del Tesoro... Luego, al darse cuenta de que estaba cogido, escapó...

—Y ahora he regresado —le ayudó a concluir Jay—, porque sé que el criminal nunca gana, ya que tarde o temprano será descubierto y caerá sobre él todo el peso de la ley...

El sargento enrojeció observando la sarcástica sonrisa que dibujaban los labios malheridos de Mitchel. Pasados treinta segundos descolgó el teléfono, llamó a la Brigada y preguntó por el teniente Fosse. Después de informar que había aparecido el detective privado, y que se encontraba en su propia agencia cortó la comunicación.

—Pueden sentarse —indicó—; el teniente no nos hará esperar mucho.

—Oh, cuánta amabilidad —comentó Jay con sorna—. Acomódese, Señorita Freeman.

Robert Fosse había cumplido los treinta y cinco años, medía uno setenta de estatura y poseía un rostro de facciones enérgicas. Entró en el despacho cubierto con sombrero gris y gabardina verde claro y se detuvo mirando a Jay.

—Conque al fin cantó... —dijo, haciendo una mueca despreciativa con el labio superior—. Me figuraba que tendría poco aguante.

—¿De qué habla, teniente? —inquirió Jay, aun suponiendo a qué se refería Fosse, con él deseo de darle cuerda.

—Un colaborador de Kramer me ha puesto al corriente. He pensado que usted estaba enterado de la fórmula de ese gas inventado por el químico, y que lo pescaron para que abriese el grifo.

—Hubo un error.

—¿Sólo uno? En este caso hay ya demasiados errores.

—Yo desconocía y sigo desconociendo la fórmula, a que usted se refiere y el lugar donde se pueda hallar.

—Quiere trabajar en exclusiva, ¿eh?

—Nada de eso. Tiene que creerme, teniente. Le aseguro que es cierto cuánto digo.

—¡Deme una prueba!

—¿No me ve la cara?

—He visto otras peores. Un rostro castigado es una máscara para encubrir sentimientos.

—No se ponga trágico, teniente. ¿Cree que soy un novato? Yo sé cómo las gastan los sujetos en cuyas manos me encontraba. Suspendieron la primera paliza para que me repusiese. Después me hubieran sometido al repertorio de tormentos de un mandarín del siglo v. Quizá sea cobarde decirlo, o quizá no tenga madera de héroe, pero lo cierto es que si hubiera sabido lo de la fórmula, lo habría soltado antes de que me colocasen cañas ardientes bajo las uñas o un ratón hambriento sobre el estómago.

—¿Cómo escapó, entonces?

—Igual como ocurre siempre. Aprovechando un descuido y siendo más rápido que los que me vigilaban.

—¿Dónde fue eso?

—Cuando lleguen encontrarán la jaula vacía.

—Lo sé, pero es una de las gangas de la profesión. Inspección ocular del lugar de los hechos.

—¡Sí, vayan! Quizá encuentren un perro que les conduzca adonde se esconde la banda, un par de fiambres en una alacena o dos docenas de colillas.

Patricia dio la dirección de la casa en que Jay había estado prisionero.

El teniente hizo una señal al sargento, se reunieron en un rincón y el segundo habló un buen rato en voz baja. Después dijo Fosse, mirando a Jay:

—No se mueva de aquí, Mitchel. Dentro de una hora volveré. Usted me responde de que esta joven se hallará en el despacho cuando regrese.

Jay movió la cabeza, asintiendo, y los dos policías abandonaron

la oficina apresuradamente.

Lewis miró con reconvención a su socio, luego observó a la joven, y reprochó:

—¿Se da cuenta de las complicaciones que nos ha traído desde que empezó a meterse con nosotros? Hay varios millones de hombres en Nueva York, y tuvo que fijarse en Jay...

Mitchel se dirigió al lugar donde estaba el cesto de los papeles y lo levantó, quedando frío al ver que en el suelo no había carta alguna.

CAPÍTULO VI

—¡Por todos los diablos...! —exclamó Jay, volviéndose hacia Yates.

Éste se sentó en uno de los estropeados sillones y quitóse un zapato, del que extrajo los documentos que su amigo buscaba.

—Supuse que las cosas se complicarían y...

Jay hizo un gráfico gesto para que Lewis guardase silencio, y comenzó a inspeccionar minuciosamente el despacho. Al llegar junto a la ventana vio un cable camuflado que corría por las junturas y se iba a perder bajo de la mesa. Se agachó, descubriendo un micrófono no más grande que una caja de fósforos. Incorporóse de nuevo regresó a la ventana y, sacando una navajita, cortó el cable.

Patricia y Lewis habían presenciado la operación con ojos expectantes.

—¿Cómo pudieron hacerlo? —se preguntó a sí mismo Yates.

—Te sacarían del despacho con cualquier excusa.

—¡Ya comprendo! Recibí una llamada de un tal Jones. Decía que un hombre de mala catadura lo estaba persiguiendo por todos los bares de la calle Cuarenta y Dos. Temía por su vida. Me esperaba en La Carroza de Oro. Fui allí y estuve de plantón quince minutos, hasta que me llamó por teléfono el mismo individuo y dijo que todo había sido una confusión. ¡Valiente detective soy...! ¡Hasta un chiquillo de ocho años se hubiese dado cuenta de la añagaza...!

—No eres tan malo como crees, si recogiste las cartas —te alentó Jay—. Anda, cuéntame lo ocurrido mientras he estado de juerga.

—Ya te lo puedes suponer. Se dejaron caer por aquí Posse y el sargento, y me ametrallaron a preguntas. Yo no sabía apenas nada y prefería hablar de la Serie Mundial (1). Ellos se dieron por vencidos y hasta hemos cruzado apuestas.

—¿Nada más?

—Fosse se marchó y entonces fue cuando surgió la llamada del maldito Jones. Cuando regresé al despacho no había nadie. Pero esta mañana llegó el sargento, y ya no se ha apartado de mí. Cuando agotamos los temas de discusión nos pusimos a hacer un crucigrama... Es bastante difícil; sólo hemos podido sacar una palabra...

—¡Al infierno con los crucigramas! Ya tenemos bastante con resolver éste en que estamos metidos...

La joven, que hasta entonces no había hecho más que escuchar, dijo:

—¿Me podría indicar una habitación para retocar mi maquillaje, señor Mitchel?

Hay un tocador en esta misma planta. Penúltima puerta a la derecha.

—¿Es que la vas a dejar salir? —bramó Lewis—. ¡Lo que pretende es dejarnos en la estacada...! Y ya oíste al teniente: le respondemos por ella.

Pat Freeman inclinó la cabeza, emitiendo un sollozo.

—Mira lo que has conseguido —acusó Jay a su amigo—. ¿Quieres dejar ya de recriminarla? Es una buena chica y nos ayudará, como ha prometido. Estoy seguro.

Patricia miró a su defensor y contestó:

—Le demostraré que no deposita su confianza en mí inútilmente, señor Mitchel.

—Vaya a arreglarse y no se preocupe de lo demás.

La morena salió del despacho, dejando a Yates con las manos en la cabeza.

—Nunca he conocido a un tipo tan crédulo como tú, Jay. Serías de los que comprasen el puente de Brooklyn si encontrases a alguien que te lo vendiese.

—Yo fui quien lo vendió cierta vez —opuso Jay, dando la vuelta a la mesa y sentándose en el sillón giratorio.

Lewis se quejó:

—¿Te das cuenta, Jay? El teniente ha tendido sus redes con el único deseo de que, cuando las recoja, estemos nosotros dentro coleando como dos salmonetes...

—Lo sé y espero darle una sorpresa.

—¿De qué forma? Tú mismo dices que cuando lleguen a esa casa

no encontrarán a nadie.

El timbre de la puerta sonó y los detectives se miraron asombrados. Hacía mucho tiempo que no recibían a una persona que se molestase en solicitar educadamente la entrada.

—¿Qué nos pasa? —dijo al fin Mitchel—. Ve a abrir.

—¿Quién podrá ser?

—Bárbara Hutton que viene a contratarnos para divorciarse de Porfirio Rubirosa.

Yates hizo una mueca antes de abrir la puerta. En el umbral apareció un hombre joven, de unos veintiocho años, de aspecto sano. La frente era ancha, y unas gafas montadas al aire defendían un par de ojos de mirada anodina.

—¿El señor Jay Mitchel? —preguntó, mostrando una dentadura perfecta.

—Yo soy su socio, Lewis Yates. Pero es lo mismo. Hoy es su día de suerte. Mitchel también está. Entre y siga derecho. No se perderá. Es el hombre que está sentado detrás de la mesa.

El visitante encajó el discurso con un movimiento afirmativo de cabeza, y entró en el despacho encaminándose hacia Jay.

Lewis cerró y acudió junto a su amigo para no perderse detalle de la conversación.

—¿Cómo está, señor Mitchel? —saludó el desconocido, tendiendo una mano de dedos largos y huesudos.

Jay se incorporó unos centímetros para estrecharla, y después se dejó caer de nuevo en el sillón, contestando:

—Bien venido a la agencia de detectives de Mitchel y Yates, sea usted quien sea.

—Mi nombre es Henry Cook y pertenezco a la Oficina Federal de Investigación...

—¡El FBI! —exclamó Yates, apoyando una mano sobre la mesa.

—¿Tiene inconveniente en enseñarnos sus credenciales, señor Cook? —inquirió Jay—. Y no lo tome como una reticencia. Últimamente he recibido varias sorpresas y no tengo más remedio que ser un poco incrédulo...

Cook exhibió su placa y una tarjeta de identidad.

—¿En qué podemos serle útiles, señor Cook? —ofreció Mitchel, después de la comprobación.

El hombre del Gobierno sonrió y repuso:

—Según las noticias que han llegado al Departamento, usted está muy al corriente de la fórmula del químico Percy Kramer...

—¿Qué entienden por «muy al corriente»?

—Parece ser que usted ha sido uno de los últimos en verlo con vida...

—Y uno de los primeros en verlo muerto. En eso están bien informados. ¿Qué más?

—Soy yo quien debo preguntarle a usted, señor Mitchel, si hay algo más.

—Contemple mi rostro y tendrá la respuesta. Pero no se vaya más allá. He recibido una soberana paliza y no he obtenido nada a cambio, salvo el conocer a las personas que me molieron a golpes.

—¿Quiere describírmelas? —pidió Cook, sacando un block.

Jay dio las señas personales de Hutchinson, Nathan, Víctor y Slim. Cuando el otro terminó de anotar, miró a su informador y dijo:

—Naturalmente la Oficina le agradece su cooperación.

—Y yo estoy muy contento por poder prestarla. Pero escuche, no hago más que oír hablar de esa maldita fórmula. Me he visto envuelto en este condenado lío y aún no sé concretamente la trascendencia que tiene, aunque la supongo. ¿Puede aclararme algo al respecto?

—No solamente puedo, sino que he recibido órdenes para que se entere de lo que se trata. El gas venenoso que ha perfeccionado Percy Kramer está integrado en la bomba G o GB, que se empezó a experimentar en Alemania cuando ya estaba abocada al desastre. Tres gotas de este gas en forma líquida son más que suficientes para sofocar la vida de un ser humano. Con una bomba cargada del gas venenoso se podría matar a todas las personas que viviesen en una zona de doscientos cincuenta kilómetros cuadrados. Por ello sus efectos son más devastadores y terribles que los de la bomba atómica.

Yates escuchaba sobrecogido, y no era menor la emoción de Jay, quien preguntó:

—¿Cuáles son los efectos de ese gas, señor Cook?

—Son inmediatos a la explosión de la bomba y a la diseminación de su mortífero contenido. Actúa con fulminantes reacciones paralizadoras sobre el sistema nervioso, culminando con violentas

convulsiones y produciendo por último la asfixia. Lo han bautizado también por sus características con el nombre de gas-terror.

Mitchel se echó hacia atrás y los muelles del sillón chirriaron.

—¡Vaya programa!¹ —exclamó.

—Ya se pueden dar cuenta de la importancia que tiene para nosotros el que esa fórmula no caiga en manos de una potencia extranjera.

—¿Por qué Kramer no experimentaba por cuenta del Gobierno?

—Hace unos años presentó un plan de investigación al Departamento de Defensa, pero el fallo a que fue sometido por una comisión científica resultó desfavorable, y desde entonces trabajó por su cuenta. Hace unas semanas, a la vista de los nuevos y halagüeños ensayos, se le concedió una nueva oportunidad.

—Y ahora alguien se les ha adelantado —terminó Jay.

—Eso es lo, que queremos evitar a toda costa, que la fórmula salga de nuestro país...

Estaban absortos en el diálogo y no sintieron que la puerta del despacho se abría.

Pat Freeman caminó silenciosamente, y al hallarse detrás del agente del FBI, levantó los brazos rápidamente, y estrelló sobre su cabeza un hermoso florero que se hizo mil pedazos, mientras Cook se desplomaba como abatido por un rayo.

Jay se irguió de un salto, gritando:

—¡Qué ha hecho!

Pat repuso muy satisfecha:

—Le oí desde el pasillo presentándose igual que los otros, como uno del FBI...

Mitchel se cogió la cabeza y proclamó:

—¡Éste lo es de verdad!

Yates lanzó un gemido, se abrazó a la pared y dijo con desconsuelo, imitando la voz de Jay:

—Es una buena chica y nos ayudará...

CAPÍTULO VII

Entre los dos detectives colocaron a Cook en un sillón. Pat contemplaba la escena mordiendo las uñas nerviosamente y diciendo:

—¡Oh, cuánto lo siento...! Todo me sale mal...

—Ya le dije que se alejase de nosotros —rezongó Yates—. Es usted peor que un tomado...

—Pero yo creí...

—Que nos ayudaba. No lo repita. Lo sé de memoria.

—Atiende, Lewis —murmuró Jay—. Me tengo que marchar. Quedas dueño de la situación.

—¡No...! ¡Eso sí que no te lo consiento...! ¡Tú no te vas!

—No seas chiquillo. He de realizar una investigación.

—¿Y me vas a dejar en poder del FBI y de la Brigada de Homicidios? ¡No! No lo podría soportar. Es superior a mis fuerzas.

—Tonterías. Tienes cabeza y sabes cómo emplearla. Regresaré tan pronto pueda...

—¿Y qué le digo a Cook, cuando despierte? ¿Y qué le cuento al teniente cuando ponga los pies aquí?

—Cualquier cosa. Que he ido al Bronx a hacer una subscripción para los heridos del próximo terremoto...

Mitchel se movió hacia la puerta y Pat suplicó:

—¡Lléveme con usted, Jay!

Al detective le gustó que le llamase por su nombre, mas no lo bastante para inducirle a aceptar la sugerencia.

—Esto es sólo para hombres, bombón. Pero pierda cuidado. Me acordaré de usted con frecuencia. Abur.

Ya en la calle tomó un taxi y dio la dirección de la Compañía de Teléfonos. En el trayecto se puso unas gafas de sol que había tenido la precaución de coger antes de salir del despacho.

Una vez llegado a su destino preguntó por el gerente de la

Compañía, y supo que se llamaba Frederick Fitzzi y que era casado.

Después de subir cuatro plantas en un ascensor, recorrer un pasillo y abrir una puerta, se encontró en un antedespacho vigilado por una espléndida rubia.

—¿Cómo le va, pimpollo? —exclamó jovialmente.

La rubia le miró de pies a cabeza y repuso:

—Llegó tarde. Me caso la semana próxima.

—¡Qué lástima! No me lo perdonaré nunca —soltó una carcajada y añadió—: Este viejo de Freddy sabe rodearse de gente simpática. ¿Quiere avisarle de que estoy aquí?

—¿Se refiere por casualidad al señor Fitzzi?

—¿A quién, si no? Ande, dese prisa.

La joven dio la llave al dictáfono y una voz ronca surgió del altavoz:

—¿Qué pasa ahora, Myrna?

—Un amigo ha venido a verle.

—¿Quién ha dicho que es?

Jay acercó la cabeza al dictáfono y saludó:

—¿Cómo estás, viejo pirata?

Se oyó un resoplido, un ligero balbuceo, y al fin una frase:

—Hágalo pasar.

El detective respiró profundamente, brindó una sonrisa a la estupefacta secretaria y se encaminó hacia la puerta que ostentaba el nombre de «F. Fitzzi» en letras doradas.

Fitzzi frisaba en los cincuenta años, tenía el cabello prematuramente blanco y sus ojos refulgían como dos carbunclos. Miró el rostro que se aproximaba a su mesa, lo repasó, lo volvió a escrutar y finalmente entrecerró los párpados y dijo:

—Perdone, pero no le recuerdo...

Jay inclinó el busto por encima de la mesa, y riendo fuerte tiró de una oreja al gerente.

—¡Grandísimo bergante...! ¿Es posible que digas semejante falsedad?

Fitzzi abrió ahora unos ojos descomunales. No pudo contestar, porque, cuando se disponía a hacerlo, dos soberbias palmadas en su espalda le dejaron sin respiración.

Jay desparramó su mirada por el lujoso despacho, dio un silbido y se dejó caer en un sillón. Tuvo la sensación de que era lanzado

hacia el techo, pero volvió a quedar sentado.

—¡Vaya choza, Fred! —exclamó—. Así se puede vivir.

—Pe... pero... pero... —tartamudeó Fitzzi, aun confuso—. Sinceramente, no tengo la más ligera idea... Usted me perdonará.

—¿Usted? ¡Llámemme Tony...! Como entonces...

El gerente sacó un pañuelo, y se lo pasó por la cara.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó.

—Ja, ja, ja..., ¿es posible que no te acuerdes? A ver, piensa un poco.

Fitzzi escudriñó el último rincón de su mente.

—Tenías miedo de que se enterase tu mujer —lanzó Mitchel al vacío.

El venablo dio en el blanco. Fitzzi pegó un salto, y aulló:

—¡La Convención!

El detective se agarró al ardiente clavo.

—¡Esto es! ¡La Convención! Fue bueno aquello, ¿eh? Nos divertirnos en grande... Estoy deseando que se celebre otra. Tú y yo sabemos hacer las cosas.

El gerente hizo un mohín con los labios, suplicando silencio, mientras retorció las manos sobre la mesa.

—¡Usted... quiero decir tú estabas allí!

—¡Naturalmente! ¿Es posible que se te haya olvidado todo?

—Verás. —Se apresuró a contestar Fitzzi, rápidamente—, no estoy acostumbrado a beber...

—Sí, sí, pero ¿y la pelirroja...? ¿Te acuerdas...? Ja, ja, ja...

—Psh..., psh... —rogó el gerente, con el índice en la boca.

—¡No te preocupes! Soy una tumba. Te advierto que estoy aquí de pasó. Sólo permaneceré en Nueva York el tiempo que invierta en hacer una visita...

—¿Sí?

—Sí. Lo malo es que no sé a quién tengo que visitar. Tiene gracia, ¿verdad...? Ja, ja, ja... Un tipo me dio su tarjeta, pero la perdí. Apunté el número de su teléfono, y es lo único que me queda. Ya lo averiguaré. Gracias a eso estaré en Nueva York lo menos tres días con mi amigo Freddy. ¡Y qué tres días...! Conozco a un par de Chicas... —Hizo una pausa, gesticuló para dar una idea de ciertas características que reunían las chicas—. Te reservo una de ellas. Te gustará. Es mejor que la pelirroja...

Fitzzi fue víctima de un repentino ataque de tos.

—Oye, Tony... —Y al hablar así pareció como si súbitamente un rayo de esperanza hubiese brotado en su imaginación—, si hicieses esa visita, ya no tendrías nada que hacer en la ciudad, ¿no es eso?

—¡Claro que no! ¡Me tendría que marchar a San Francisco...! Pero olvídate de eso. El detective a quien le he encargado el trabajo tardará tres días en realizarlo. Estoy seguro de que lo hará antes, pero demorando el informe cobrará más.

—Yo puedo darte esa dirección ahora mismo, Tony.

—¿Tú? —dijo Jay, frunciendo el ceño en su perfecta interpretación.

—¿Es que no sabes quién soy? ¿A quién has venido a visitar?

—A Freddy Fitzzi —contestó Mitchel, acentuando su perplejidad.

—¿Y quién es Freddy Fitzzi? ¿No es el gerente de la Compañía Telefónica?

Jay se dio una palmada en la frente, como si acabase de comprender de pronto la teoría de la relatividad.

—¡Claro que sí! ¡Qué tonto soy!

—¿Qué número es ése?

—Plaza

8-7304.

Fitzzi descolgó uno de los cinco teléfonos que había sobre la mesa, dio unas órdenes, y al cabo de un minuto cortó la comunicación. Miró sonriente a su interlocutor, y dijo:

—¿Ves qué fácil? Tu hombre se llama Kelley Waterman y vive en el 292 de la calle 72 Oeste.

—¡Estupendo, Fred! Pero estoy pensando en que puedo demorar la visita hasta mañana, y esta noche...

—¡No! —rechazó el gerente—. Tu negocio es lo primero. Si no puede ser lo otro ahora, aprovecharemos cualquier viaje que hagas...

Jay se incorporó resignado.

—Como quieras, viejo lobo. Pero que conste que esta que te preparaba es mejor que la pelirroja...

Fitzzi alargó la mano. Hubo un apretón y sonrisas a granel. Fueron juntos hasta la puerta, y se despidieron con un reparto equitativo de palmetazos.

Mitchel cruzó el antedespacho, en tanto la rubia secretaria tecleaba en la máquina, y se volvió desde el umbral observando que el gerente le había seguido con la mirada.

El detective dejó resbalar los ojos por el cuerpo grácil de la trigüeña, y luego chasqueó la lengua comentando:

—Sabes elegir bien el género, Freddy. ¡Cuidado, muchacho!

Lo último que vio antes de salir, fue que el rostro de Fitzzi se convertía en una roja amapola, y que la joven dejaba de aporrear la máquina para sonreírle.

Aquella entrevista tenía una explicación. Jay había observado atentamente el movimiento del dedo de David Hutchinson mientras marcaba en el disco del teléfono para ponerse en contacto con la persona que estaba por encima de él. Era cuestión de práctica, ya que se había entrenado un centenar de veces en ese ejercicio, con la colaboración de Yates, durante las muchas horas que ambos pasaban en la oficina de la agencia esperando un cliente.

El número 292 de la calle 72 Oeste era un edificio de ladrillo rojo, con un jardín protegido por una alta verja. Estaba oscureciendo, y apenas circulaban peatones. Mitchel paseó por la acera de enfrente un buen rato, pausando la forma de introducirse en la casa.

Vio un perro junto a un farol que le miraba con tristeza. Se acercó al animal y le acarició la testa.

—Parece que tú también tienes problemas, ¿eh, compañero?

El perro agachó las orejas y movió el rabo como si asintiese.

—Bueno, creo que somos un par de incomprendidos.

En ese instante se oyó un ladrido lejano. El can levantó repentinamente la cabeza, y sus orejas se enderezaron al tiempo que sus músculos se ponían tirantes.

Jay también olfateó el aire, quedándose de muestra. Se repitió el ladrido. Ahora no tuvo duda de que procedía del lugar en que intentaba penetrar.

Una idea cruzó por su mente como un relámpago. Se puso en cuclillas, y palmeó los costados del perro. Sus ojos contemplaron ávidamente una placa metálica que ostentaba la correa de cuero que rodeaba el cuello del fiel amigo del hombre. La placa decía: «Servicio Municipal de Sanidad núm. 3243. Año 1976».

—¿Sabes, compañero, que te necesito? —murmuró Jay—. Creo

que estamos en el mundo para ayudarnos. Hoy por mí y mañana por ti. Si me prestases esa placa por unos minutos me harías un gran favor. Naturalmente, te la devolveré...

El perro le miró, pero no supo comprender lo que decían sus ojos. Imaginó que consentía y decidió arriesgarse. Sacó un cortaplumas, y con un poco de precaución empezó a separar la placa de la correa. Al ver que el can no ofrecía resistencia, se dio más prisa y en dos minutos acabó el trabajo.

—¡No te vayas, compañero! Te la devolveré.

Cruzó la calle, llegó ante la gran puerta de hierro que protegía el número 292 y pulsó el timbre de llamada.

Transcurrido un minuto, le abrió un hombre con aspecto de jardinero.

—¿Qué desea? —le preguntó.

—Soy un agente del Servicio Municipal de Sanidad —repuso Jay. Y a continuación exhibió la placa del perro, cuidando de tapar las dos cifras que en la misma figuraban.

—Bien, ¿y qué? —dijo el otro, después del examen.

—¡He de ver al inquilino de esta casa! Es por algo referente a sus perros.

—Los hemos vacunado ya y están legalizados.

—Lo siento, pero tengo órdenes de entrevistarme personalmente con su patrón.

—¿Y si no lo ve?

—Tendrá que pagar una multa de diez dólares por cada perro, pero eso no es lo peor; mañana vendremos por ellos. Es la ordenanza.

—¡Está bien! ¡Pase!

Jay echó a andar tras su guía por un sendero de Portland, a cuyos lados se elevaban setos y rosales.

Subieron una escalera de mármol y el jardinero apretó un botón.

Un criado de nariz recogida y barbilla en punta escuchó la explicación que le daba el encargado del jardín, y dijo a Mitchel que le siguiese.

El vestíbulo olía a humedad, pero el salón en que fue introducido estaba climatizado. Permaneció a solas un par de minutos, contemplando media docena de cuadros al óleo. Oyó un ruido de pasos a su espalda, y giró viendo que se le acercaba un

hombre de estatura media y de unos cuarenta años de edad. Sus ojos eran azules, la boca de labios rectos, y el mentón firme.

—¿Cómo está, señor...?

—Doumergue, Francis Doumergue —se apresuró a decir Jay.

—Del Servicio Municipal de Sanidad, según me han anunciado.

—Exacto. ¿Es usted el señor Kelley Waterman?

—El mismo. ¿Quiere sentarse?

Ambos se sentaron y Waterman invitó con un gesto a su visitante para que le notificase el motivo de su presencia.

—Se trata de sus perros, señor Waterman. Hace tres días un can mordió a un muchacho por estas inmediateces. El chico no le dio importancia y se hizo él mismo una cura. Pero posteriormente se agravó: tuvo que ser llevado al hospital. Por fortuna fue asistido a tiempo y ya está a salvo. El hospital pasó el informe oportuno a nuestro Servicio y mis jefes han ordenado una investigación. Siento molestar a usted, pero...

—Oh, no se preocupe; me hago cargo. Respecto a mis perros, puedo mostrarle los certificados de vacunación antirrábica. Aún no hace dos meses que fueron inyectados...

—Si usted fuese tan amable...

—Claro que sí. Espere un momento y se verá satisfecho.

Waterman se marchó y reapareció cinco minutos después llevando en la mano un par de papeles que entregó a Jay, quien los examinó con atención y devolvió luego.

—Están en regla —asintió, poniéndose de pie—. Le ruego me perdone.

—Usted cumple con su deber, señor Doumergue.

Waterman tiró de un cordón y al instante brotó el mayordomo cerca de la puerta.

—Acompaña al caballero hasta la salida, Pedro.

Jay inclinó la cabeza, dio las buenas tardes y corrió en pos del criado mientras se daba a todos los diablos. Salía de la casa tal como había entrado. Sus esperanzas quedaban esparcidas en aquella habitación de los seis óleos.

Al bajar distraído por la escalera de mármol, casi tropezó con una mujer de cabello oscuro y rostro agraciado. Se disculpó ante ella cediéndole el paso, y quedóse inmóvil hasta que la vio entrar en el edificio. Recorrió el sendero, al final del cual le esperaba el

hombre que cuidaba del jardín, y antes de pisar la calle emitió un gruñido de despedida.

Se acercó al perro, que movió la cola no más verle, y le devolvió la placa asegurándola en el collar con un trozo de cordón de su zapato.

—Hasta la vista, compañero —le dijo—. Y que tengas más suerte que yo para resolver tus problemas.

Subió en un autobús porque se encontraba cansado, y procuró olvidar el embrollo en que el azar le había metido.

Llevaba un cuarto de hora de viaje cuando oyó la carcajada de un hombre. Quiso saber por qué se reía, y vio que el individuo en cuestión estaba examinando unas fotografías. Elio le hizo recordar que todavía no había pasado por el laboratorio de Jorge Eneas para recoger la copia que le había encargado.

Llegó al laboratorio en el instante en que su dueño se disponía a cerrarlo.

Eneas le saludó efusivamente.

—¡Caramba, Jay! Creí que te habías olvidado del encargo. Otra vez no me vengas con prisas. —Y al fijarse en la cara de su amigo preguntó—. Oye, ¿quién te ha puesto así?

—Me he hecho luchador de catch. Anda, dame eso.

Jorge le entregó una carpeta en cuyo interior estaba el original y una copia de la foto que había pertenecido a Percy Kramer.

Examinó de nuevo a la rubia.

—No está mal, ¿eh? —murmuró Eneas—. Aunque sé que a ti te gustan más jóvenes...

De pronto, Jay abrió los ojos contemplando la cartulina que tenía en las manos.

—¿Qué te pasa? —le preguntó el fotógrafo.

El detective no contestó. Estaba demasiado emocionado para darse cuenta de que le habían hecho una pregunta.

Acababa de descubrir que la mujer de la fotografía se parecía enormemente a la que se había tropezado en la escalera 292 de la calle 72 Oeste. Solamente existía la diferencia del cabello. Oscuro uno y rubio el otro. Pero eso era fácil de modificar.

CAPÍTULO VIII

Al entrar Jay en el despacho, cinco pares de ojos se clavaron en su rostro. No era ningún monstruo mitológico quien le miraba. Cada par de pupilas tenía su propietario. Éstos eran Pat Freeman, el teniente Fosse, el agente del FBI, Cook, el sargento Leonard y Lewis Yates.

—¿Cómo les va? —saludó, levantando la mano.

—¡Al fin llegó! —bramó Fosse, iracundo.

—Y esta vez con la misma cara que marché —dijo Mitchel, sonriendo.

—¡No espere continuar con ella dentro de un rato! —intervino el sargento.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Jay.

—¿Qué cree que estamos haciendo? —habló de nuevo el teniente, adelantando la barbilla—. ¿Jugar a prendas?

—Yo trato de descifrar un misterio. No sé lo que hará usted.

La respuesta del detective fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de Fosse.

—¡Pues creo que si no lo ha descifrado ya, no va a tener tiempo disponible para hacerlo, Mitchel!

—¿Es que me va a detener, teniente? ¿Piensa aún que yo maté a Kramer? ¿Qué cree? ¿Qué pensaba explotar la fórmula del gas-terror por mi cuenta y enviar una bomba a cada uno de mis amigos el día de su cumpleaños?

—No le voy a acusar como autor del crimen. Sé que no lo hizo...

—¡Estupendo, Fosse! Ya le dije cierta vez que a mi lado haría progresos.

—¡Pero le retendré entre rejas como testigo esencial del asesinato! —concluyó el teniente, con voz de triunfo.

—¡No hará eso! —protestó Jay.

—¿Quién dice que no? Sabe perfectamente que es legal. Ande,

llame a un abogado y consúlteselo.

—¡No lo puede hacer, ahora! ¡Estoy siguiendo una pista! Es de vital importancia que continúe con las manos libres...

—¡Déjese de tonterías, Mitchel! ¿Es que no sabe que los contribuyentes ya cuentan con un personal especializado para la persecución del delito? ¡Debió dedicarse a vender peines en cualquier esquina de la calle Cuarenta y Dos, antes de encerrarse con su Sansón en esta ratonera a la espera de un incauto...!

—¡No tiene derecho a insultarme! —rugió Yates—. ¡Está pisoteando mis derechos constitucionales!

El teniente se taponó los oídos con los dedos y arrugó la cara. Después bajó las manos y apuntó a Lewis con el índice.

—¡Y tiene la osadía de invocar sus derechos constitucionales...! ¡Usted...! ¡Un cómplice de su socio...!

Cook carraspeó y advirtió:

—Caballeros, creo que ha llegado el momento de la reflexión.

Fosse miró al del FBI con cautela y preguntó:

—¿Qué quiere decir?

—Yo entiendo que nos enfrentamos con esa pandilla de traidores en circunstancias muy especiales. Todos buscamos una fórmula y ésta, parece ser, hasta el presente, no ha sido encontrada por nadie. Comprendo, teniente, que a usted sólo le interesa el asesino de Percy Kramer, pero tal Como están las cosas, es fundamental la colaboración, puesto que, hallando la fórmula del gas-terror y trabajando con diligencia, el criminal también caerá en sus manos. Mi Departamento no quiere dar demasiada publicidad a un asunto que concierne a la seguridad nacional y estoy seguro de que podríamos llevar a buen fin la investigación sin menoscabo para ninguno de los organismos que usted y yo representamos.

—Todo eso está muy bien —convino Fosse—. Pero ¿y estos hombres? Son detectives particulares. ¿Sabe lo que significa eso? Seres trapaceros, ventajistas, astutos y escurridizos. ¡Ya he tenido oportunidad de comprobarlo! Para ellos no valen consejos, órdenes ni amenazas. ¡Pretenden siempre obrar enérgicamente, por su cuenta...! Están metidos hasta las orejas en este maldito asunto. Dígame, ¿qué hacemos con ellos?

—¡Dejamos en paz! —sugirió Yates, con la más ingenua de las sonrisas—. Mi amigo y yo nos apartamos del asunto y de esa forma

se acabarán sus penalidades, ¿no, teniente?

—¿Cree que voy a fiarme de la palabra de ustedes? ¿Es que no ha escuchado la opinión que me merecen? ¡Dije trapaceros!

—Está bien, teniente —repuso Jay—. Usted gana. No intervendremos más en el caso. Es asunto suyo.

—¿Espera que le dé las gracias?

—No. Solamente que se marchen y nos devuelvan la tranquilidad.

—¡Qué gran muchacho! —exclamó Fosse, con suspicacia—. Me extraña mucho su decisión, Mitchel. ¿Qué ha estado haciendo durante las últimas horas?

—Cambié impresiones con un perro.

La respuesta sumió a los reunidos en un silencio. Al fin lo rompió Fosse, vaticinando:

—Algún día no tendrá ganas de hacer chistes. ¿Sabe por qué?

—Porque estaré vistiendo un hermoso traje de recluso. ¿Es eso?

El teniente sonrió enseñando los dientes como si fuera a pegar una dentellada, y luego preguntó:

—¿Está seguro de que no quiere descargar su conciencia, Mitchel? Ya sabe a qué me refiero. Al montón de cosillas que ha ido recogiendo mientras ha tenido las narices sobre el caso.

—Carecen de importancia y le servirían de poco. Además, usted ha rechazado nuestra colaboración.

—Bien, como quiera. ¡Vamos, sargento! Ya perdimos demasiado tiempo. ¿Viene, Cook?

—Me quedará aún un rato.

Fosse y Leonard se dirigieron a la puerta. Con la mano en el tirador, el primero se volvió bruscamente y dijo:

—Una advertencia, Mitchel. Si me lo tropiezo otra vez en mi camino tendrá que arrepentirse.

Y después, los de la Brigada de Homicidios salieron del despacho.

Jay miró a Patricia y se disculpó:

—Perdone que no la haya saludado. No me han dejado. ¿La trataron bien?

—Perfectamente. Todos fueron muy simpáticos.

Cook clavó sus ojos en el rostro de Jay e inquirió:

—¿No tiene nada que explicarme? Yo no he rechazado su

colaboración.

—Realmente, no sé qué podría adelantar usted con lo que yo le informase. Tengo una hipótesis sobre el asunto, pero temo que su base de sustentación sea débil.

—Puedo escucharla. Me gustan las teorías cuando proceden de hombres inteligentes.

—Gracias, Cook. Si insiste se la daré a conocer, pero ha de admitirla a beneficio de inventario.

A continuación, Jay narró al agente del FBI lo que aconteció cuando estuvo en manos de David Hutchinson, incluyendo la llamada telefónica de éste al personaje que tenía por encima de él, y la retención del número. Dijo que había conseguido la dirección a que éste correspondía por mediación de un amigo, cómo se había introducido en la casa de Kelly Waterman y el pobre resultado de su estratagema. No hizo mención de la mujer que encontró en la escalera, por cuanto guardaba relación con una foto que él había sustraído de los objetos pertenecientes a Percy Kramer. Se proponía, una vez se fuese Cook, meter las cartas y la fotografía en un sobre, y dirigirlo al teniente Fosse.

—¿Kelley Waterman? —repitió el agente, pensativo—. Creo que no me suena ese nombre.

—No he tenido tiempo de hacer una investigación acerca de él. Usted tiene a su alcance más y mejores medios que yo para realizarla.

Cook se pellizcó el mentón y dijo:

—¿No pudo equivocarse al tomar el número que marcaba Hutchinson? Reconozco que se necesita habilidad para hacer una cosa así, y al propio tiempo considero que un centímetro de más o de menos al discar puede haberle confundido a usted.

—De diez veces solo falla una —observó Lewis.

El agente movió la cabeza en sentido afirmativo y murmuró, mientras se encaminaba a la puerta:

—En fin, trabajaré al señor Kelly Waterman.

—¿Puedo pedirle algo, Cook? —preguntó Jay.

—Cuente con ello, si está en mi mano concedérselo.

—Aunque me retiro del caso, desearía saber si la pista que le doy es buena.

—Llámemme esta noche al hotel Rinco. Ocupo la habitación 37.

Le diré lo que haya sobre ese particular.

—¡Estupendo, Jay! —exclamó Lewis, apenas hubo desaparecido Cook—. Ya te dije que lo mejor era apartarse de este barullo.

—¡No hable así, señor Yates! —chilló Patricia Freeman, enfurecida—. Tengo la impresión de que cuando un hombre abandona algo que ha empezado, lo hace por cobardía.

El rostro y el cuello de Yates indicaron que le había subido de pronto la presión arterial.

—¿Y usted es capaz de hablar así? —vociferó—. ¡Mire qué cara le han puesto a mi socio por su culpa!

—¡Si tuviera un poco de coraje trataría de hacérselo pagar caro a los que le pegaron!

—¿Qué le importa a usted? —siguió desafiando Lewis—. ¿O es que acaso le interesa mi amigo?

Pat miró a quien le hablaba, luego a Jay, que asistía silencioso a la escena, y finalmente echó a andar con rapidez y salió de la agencia de detectives dando un portazo.

Yates lanzó una carcajada y se dejó caer en un sillón.

—¡Es el mejor final de la aventura! —dijo.

Pero Jay negó con la testa y repuso:

—A mí no me gusta. Me marchó.

—¿Qué vas a hacer? —Brincó Lewis como si le hubiese picado un escorpión.

—Escribir el último capítulo, si me dejan.

Bajó los escalones de dos en dos y alcanzó a Pat en el vestíbulo. La joven le miró con enojo y preguntó:

—¿Viene a excusarse? ¡Pues pierde, el tiempo!

—Quiero pasear y charlar con usted, Patricia. Lo he deseado desde que la conocí y hasta ahora no he tenido oportunidad para ello.

Salieron a la calle y la muchacha siguió andando de prisa.

—¿La espera alguien, Pat?

—¡Sí!

—¿Puedo saber quién?

—¡Mi prometido!

—¿Su qué?

—¡Ya lo oyó! Te agradezco su compañía, pero no la necesito, señor Mitchel. Buenas noches.

—No se enfurruñe, Pat. Está mucho más bonita cuando sonrío.

Patricia no contestó y Jay, después de encender un cigarrillo sobre la marcha, volvió a la carga.

—¿A qué se dedica él?

—¿Se refiere a mi prometido? —inquirió ella, olvidando que había dado las buenas noches.

—Ajá.

—Es almacenista de granos. Gana mucho dinero.

—¿Es posible que vaya a casarse con un comerciante?

—¿Tiene algo de particular? Creo que un comerciante es un hombre como todos los demás. ¿O entiende que deben quedarse solteros?

—Oh, no..., pero, sinceramente, usted..., en fin, me parece que no encaja como esposa de un señor que se dedica a almacenar granos.

—¿Y en qué basa esa idea tan original?

—Usted es como la cuerda tensa de un arco, como un prado segundos antes de romper la primavera. Es fresca y excitante. Atractiva y jovial. Ama la vida y quiere gozarla en toda su intensidad. No puede atarse para siempre a la rutina de un hombre que continuamente estará pensando en el libro Mayor, en el Debe y el Haber, en si la cosecha de trigo será buena porque ha llovido en abril, o que en el mercado de Chicago el bushel de cebada ha bajado tres dólares...

—Me deja usted asombrada, señor Mitchel. Aceptando benévola su crítica de mi prometido, ¿cuál cree entonces que es el hombre a quien «puedo» atarme para siempre?

Jay carraspeó y repuso:

—Alguien que la comprendiese y supiese cuáles son sus esperanzas y sus pequeñas ambiciones íntimas. Alguien que hiciese de su vida familiar un espectáculo cariñoso y divertido a la vez. Alguien que fuese capaz de convertir cada minuto de su existencia en una hora de felicidad, cada hora en un día, y así sucesivamente; en suma, que le hiciese perder la noción del tiempo porque un segundo por venir sería igual que el transcurrido...

Pat había cesado de correr. Los dos jóvenes paseaban y el corazón de Jay galopaba al ritmo de las palabras que salían por su boca a borbotones.

Continuaron hablando, y sin darse cuenta se encontraron cerca de Central Park.

Se internaron por un paseo y acabaron sentándose en un banco.

—¿Y la cita con su prometido? —preguntó el detective.

—No trate de herirme —contestó la muchacha—. Sabe que le he mentido.

—Sí, lo confieso. Y reconozco que tenía motivos para estar resentida contra mí.

—No. He sido injusta con usted. Ha hecho todo lo posible por descubrir al asesino del señor Kramer.

—He estado entorpeciendo a la policía involuntariamente. Me encontré con el cadáver y quise investigar para aclarar mi situación...

—¿Por qué le encerraron con él?

—Ellos creían que yo conocía la fórmula, de acuerdo con lo escrito por Kramer en su diario, y me quisieron asustar para después secuestrarme. El trabajo posterior consistía en hacerme cantar, pues suponían que yo trataría de eludir el final que habían deparado a su protector. Desconocían que yo no sabía nada.

—Usted mintió al teniente. Estoy segura de que si hubiera conocido el secreto de la fórmula se hubiera dejado matar antes de decir una palabra sobre ella.

—¿Es cierto que piensa eso de mí?

Jay vio en la penumbra que el rostro de la joven enrojecía. Después de un minuto de silencio, inquirió él:

—¿Qué piensa hacer ahora, Pat?

—Regresaré a Saint Paul. Ya nada me resta que hacer aquí. El señor Kramer no tuvo tiempo de poner en marcha el plan que había forjado respecto de mí.

Hubo otra pausa silenciosa.

—Estaba pensando... —dijo Mitchel, al cabo de un rato—. En la agencia necesitamos una secretaria. Ya entiende, trabajo de correspondencia, archivo y otras cosas...

—Ahora es usted el que está mintiendo, Jay. Ya me he dado cuenta de que no les van los negocios como desearían... Si aceptase ese puesto que me ofrece le pondría en un aprieto. No. Es preferible que regrese...

Jay se mordió el labio inferior, reconociendo que la muchacha

estaba en lo cierto.

—¡Oh, qué tarde es! Si en Saint Paul se enterasen de que he estado con un hombre en un parque público a las nueve de la noche, me incluirían en la lista de las personas no gratas...

Salieron del Central Park y cogieron un autobús en la Sexta Avenida que los condujo al hotel donde se hospedaba Pat.

Se despidieron en la acera.

—¿Tiene dinero? —preguntó Jay.

—Sí. El señor Kramer me hizo entrega de doscientos dólares. Hay bastante para abonar los gastos y volver a mi pueblo.

—¿Cuándo se irá?

—Mañana o pasado.

Se miraron a los ojos y permanecieron mudos un minuto. Pat terminó la escena extendiendo la mano y esbozando una sonrisa.

—Adiós, señor Mitchel. Si alguna vez puedo serle útil, cuando sea un Philo Vance, escríbame y quizá continúe sin haber encontrado a un almacenista de granos...

—Buena suerte, Pat. Soy un hombre vulgar y es posible que no llegue nunca ese día. No haga caso de lo que he dicho antes, y si surge un buen comerciante, atrápelo. Estará con él más segura.

Minutos más tarde Jay caminaba sólo por la calle, y profería contra sí mismo los mayores insultos. ¿Qué era él? Un despojo de la guerra. Veintisiete meses en primera línea lo habían convertido en un ser escéptico, casi cínico. ¿Qué había hecho desde que se licenció? Arriesgar varias veces la vida en los casos que había investigado, y gastar alegremente hasta el último dólar cobrado. ¿Qué porvenir podía él brindar a una mujer como Pat Freeman? Recordaba las palabras de Yates: «Tú tienes talento. Podíamos estar nadando en dinero. ¿Por qué no sientas la cabeza, Jay?». Pero jamás lo había escuchado. Morenas, rubias y pelirrojas combinadas con respetables cantidades de *whisky*. Ése era el inventario. Siempre se había reído de aquella idea de Lewis: «Estás jugando con fuego. Algún día té enamorarás y entonces te sentirás como el ratón que se ha metido en la ratonera olfateando un banquete. No podrás escapar».

Interrumpió sus pensamientos al llegar al vestíbulo del hotel. Macomby se hallaba escribiendo una palabra sobre un crucigrama y levantó la mirada para saludarlo. Al ver su rostro preguntó,

asombrado:

—¿Se peleó con alguien?

—Un tipo tuvo la ocurrencia de discutirme la herencia de mi abuelo.

—¿Es que tiene derecho a ella? —replicó el gerente, asustado.

—Mi abogado me ha prometido estudiar el documento en que basa sus exigencias.

—¿No habrá peligro de que sea el otro quien cobre?

—Pierda cuidado. —Jay quiso cambiar de conversación—. Oiga, señor Macomby, ¿cómo es posible que se pase la vida descifrando esos problemas de palabras cruzadas?

—Es divertido, sobre todo cuando se ha de pasar uno aquí dieciséis horas diarias. Este que me entretiene ahora me lo ha mandado su socio. El y un tal Leonard, sargento de policía, sólo habían dado con una palabra. Pero es fácil. Cuestión de costumbre.

—Bueno, pues que lo solucione pronto.

Jay subió al apartamento. Lewis roncaba con un acompañamiento de silbidos.

Se duchó y a las once se entregó a un sueño reparador.

Al día siguiente lo despertó, como todos los días, la voz desafinada de su amigo.

Cumplidas las normas de higiene, se dispusieron a ir a la oficina para continuar esperando la llegada de algún cliente.

Macomby estaba en el comptoir entregando la llave a un nuevo huésped. Cambiaron un saludo al pasar y de pronto participó aquél:

—Lo saqué en seguida, señor Yates.

Lewis se volvió de mala gana.

—¿Qué? —inquirió parpadeante.

—¿No se acuerda? El crucigrama. Tómelo, aquí está.

El detective lo cogió y se reintegró junto a Jay, saliendo los dos a la calle.

—Bien mirado, esto es una tontería —dijo Lewis—. No sé para qué se calienta uno la cabeza con estas cosas.

—Es un ejercicio mental —repuso Jay—. Debieras imitar a Macomby. Ayuda a adquirir cultura.

—¡Bah! ¿Qué clase de cultura puedo recibir con esto? Escuchaba las palabras del crucigrama: «Cajón, primero, mesa, despacho. Cambert, Lincoln, Nueva Jersey, casa, azul, entregar, FBI, muerte,

llegase, Patricia, Saint Paul, heredera».

Jay se detuvo y arrancó la hoja de papel de las manos de Yates. Lo leyó con intensa emoción y exclamó después:

—¿De dónde ha salido esto?

—Ya te lo dile. Vino con la correspondencia. Es de una casa especializada. Acompañaban un anuncio y un boletín de suscripción para una revista de pasatiempos...

—¡Kramer era un hombre astuto!

—¿Qué estás diciendo?

—Sabía que iban detrás de él y se le ocurrió imprimir este problema. No sabía a quién mandarlo y, al parecer, la otra noche en el Pingüino, viendo que caería en manos de los traidores espías, no tuvo más remedio que desembarazarse del mensaje. Nosotros intervinimos y nuestra tarjeta hizo lo demás.

Yates escuchaba, asombrándose paulatinamente.

—¿Y lo que escribió en el diario? ¡Daba una pista!

—Tenía que correr ese riesgo, ya que era un camino que igualmente seguirían el FBI y la pandilla de Hutchinson. Todo consistía en un torneo de inteligencia y oportunidad. Nosotros hemos tenido sólo la segunda y mucha suerte. Recuérdame que le he de hacer un regalo a Macomby...

—¿Con qué? A no ser que le pidas otros cien dólares a cuenta de lo de tu abuelo.

—¡Déjate de reticencias y démonos prisa! La fórmula del gas-terror nos espera. Quisiera ver la cara del teniente Fosse cuando el FBI nos felicite...

Y Jay lanzó una limpia carcajada.

CAPÍTULO IX

La casa azul de la Avenida Lincoln en Cambert (Nueva Jersey), se ofreció ante los ojos de los detectives como una culminación de los sucesos acontecidos en las últimas jornadas.

Penetraron en el jardín que la circundaba, saltando los muros defensivos, y luego le fue fácil a Jay abrir la puerta con una llave maestra, encontrándose en un *hall* de reducidas dimensiones. El despacho se hallaba a la derecha. Los dos amigos se quedaron inmóviles contemplando la mesa cuyo primer cajón guardaba el secreto de un hombre que había muerto precisamente por defenderlo.

Mitchel se acercó solemnemente y con cierto nerviosismo descerrajó el cajón. Vio un montón de cuartillas blancas como la nieve y buscó afanosamente entre ellas. Sus dedos tocaron algo duro. Era una carpeta que sacó de un tirón. Sobre ella habían escrito con letra pequeña: «Fórmula GB.».

—¡Aquí está! —exclamó triunfalmente.

Yates sonreía como un chiquillo.

—¿Te das cuenta, Jay? ¡Saldremos en los periódicos! ¡Ésta será nuestra gran oportunidad! ¡Fíjate qué titulares! «Dos detectives privados impiden que una banda de espías se apodere del arma de destrucción más poderosa».

—No me gusta.

La respuesta no había procedido de Mitchel. Pertenecía a una voz femenina y ambos amigos giraron la cabeza hacia el lugar de donde procedía, la puerta.

Jay reconoció a la mujer de la fotografía, Ahora parecía mucho más hermosa, porque en sus ojos había un torillo indómito de superioridad, aunque ésta la debiese a que esgrimía en su mano derecha una pistola.

—¿Por qué no le gusta? —inquirió Jay, apretando la carpeta

entre sus manos.

—Este titular es más bonito: «Dos detectives privados muertos».

—¿Y lo demás?

—La fantasía de los periodistas compondrá el resto.

Kelly Waterman surgió por detrás de la mujer. Vestía un elegante traje marrón y se cubría la cabeza con un sombrero del mismo color. Entre sus labios había una boquilla de plata que sostenía un humeante cigarrillo.

—¡Caramba, señor Waterman! —dijo Jay—. ¿Qué tal siguen sus perros?

—Un poco nerviosos. Nunca han viajado y parece que huelen la proximidad de un largo desplazamiento.

—¿Adónde van?

—Lejos de los Estados Unidos —la voz de Waterman estaba desprovista de todo interés.

Yates dio un paso hacia la dama y ésta indicó:

—Dígale a su amigo que se esté quieto, señor Mitchel.

—Ya lo oíste, Yates. Hay que obedecer.

Waterman se quitó la boquilla de los labios y sonrió, invitando:

—¿Quiere tener la amabilidad de arrojarle a las manos esa carpeta, Mitchel?

—Venga por ella.

—No sea estúpido —intervino la mujer—. ¡Tírela!

Jay apretó los dientes y asintió, mirando la pistola. Se movió hacia Kelly, imprimiendo la mayor rapidez a sus piernas.

—¡No haga teso!

Lewis se lanzó en el aire y simultáneamente la carpeta salió de los dedos de Mitchel como un meteoro.

Sonó un estampido y una bala rozó la cabeza de Yates. No hubo otro disparo, porque la morena cayó al suelo estrepitosamente, al chocar contra su cuerpo el de Lewis.

Waterman retrocedió, pero con ello no pudo evitar que el puño de Mitchel le llegase limpiamente a la barbilla. Emitió un gruñido y se desplomó.

Yates sostuvo la muñeca de la mujer y se la retorció hasta que dejó caer el arma al suelo, soltando un aullido de dolor.

Los dos amigos se separaron de los espías.

—¡Levántese! —ordenó Jay, recogiendo la carpeta que había

impedido la muerte de su socio al golpear el arma de la hembra medio segundo antes de que fuese disparada.

Los ojos de Waterman despedían un brillo de furia.

—¿Cómo llegaron hasta aquí tan pronto? —inquirió Mitchel.

—¿No es usted detective? ¡Adivínelo!

—He sido un idiota. Se han limitado a seguirme, porque sabían que finalmente les llevaría adonde se hallase la fórmula.

—¡Qué listo! Me deja asombrado.

Jay sonrió y dijo:

—Oiga, Waterman. Hay algo en todo esto que no entiendo y que me gustaría que usted me aclarase. ¿Cómo demonios había en la cartera de Kramer una foto de Eva?

—Los hombres de Hutchinson no conocían a mi hermana.

—¿Qué relación existía entre ella y Kramer?

—¡Basta ya de preguntas! —gritó Eva—. ¿Qué piensa hacer con nosotros?

—Entregarlos al FBI. Y les ruego que se porten bien en el camino. Me gustaría dejarlos íntegros en manos de un amigo mío.

—¡Andando! —ordenó Yates.

Apenas cruzaron la puerta, Jay y Lewis creyeron que la casa se derrumbaba sobre sus cabezas. Sintieron sendos golpes y cayeron encima de la alfombra del pasillo.

Cuando abrieron los ojos se encontraban de nuevo en el despacho de Kramer. Había más gente que antes.

Allí estaban, además de los hermanos Waterman, David Hutchinson y su trío de cuervos. Todas las bocas se distendían en una sonrisa.

—Hemos querido despedimos de ustedes —habló Kelly con ironía—. No han tenido suerte.

Nathan y Slim apuntaban con sois pistolas a los detectives.

—Así que se trajo a toda la *troupe* —comentó Mitchel—. Tú no los conoces, Lewis. Te los presentaré. Son los que me pusieron la cara del revés.

—Matones de pacotilla —masculló su amigo—. ¿Quieren pelea? Les permito luchar de dos en dos.

—Ya te enseñaré a no decir fanfarronadas, puerco...

—Espera un momento —medió Kelly—. Esta clase de espectáculos no nos gustan a Eva y a mí.

—Ustedes son personas delicadas —ironizó Jay—, con un corazón rebosante de ternura.

Waterman encendió un cigarrillo en la boquilla y se dirigió a su hermana:

¿Vamos, Eva? Adiós, señor Mitchel. He sentido un verdadero placer en conocerle. Le deseo un buen viaje a la eternidad.

—Es una lástima que te haya encontrado en el bando contrario. Me gustas, querido...

Hutchinson hizo una mueca de asco al detective. Este repuso:

—No debió decir eso, Eva. A David le ha sentado mal. Está celoso.

La mujer salió en pos de Kelly con un suave taconeo.

Hutchinson abofeteó a Jay.

—¿Qué le parece esto como adelanto?

—Si intenta otra vez pegarme, será mejor que me aloje una bala en el cerebro —respondió Mitchel, haciendo esfuerzos por contenerse—. Aunque estoy acostumbrado a recibir, me disgusta que se aprovechen de mi inferioridad.

—Liquidémosles, jefe —propuso Nathan—. Ya han tenido bastante cuerda.

—¿No sería mejor que echásemos una partida de póquer? —sugirió Yates.

—¡Qué gracioso! —murmuró Slim—. Espera a reír cuando tengas cinco barritas de plomo en el estómago.

David se echó hacia atrás y sus secuaces lo imitaron. Lewis reflejaba en el rostro la rabia que sentía por tener que morir sin poder defenderse.

Los gangsters se detuvieron a tres pasos de sus víctimas. Parecían un pelotón de ejecución dispuestos al fusilamiento.

David preguntó:

—¿Estáis preparados, muchachos?

Nathan y Slim asintieron.

—¡Bien! ¡Disparad!

Inmediatamente se produjeron dos estampidos.

CAPÍTULO X

Slim se desplomó llevándose las manos al vientre, mientras su cara se contraía en un rictus de dolor.

Nathan escupió la pistola como si ésta le hubiese producido una descarga eléctrica.

Jay y Lewis se quedaron unos segundos atónitos, sin dar crédito a lo que veían, igual que Hutchinson y Víctor.

Pero al fin se percataron de que las armas no se habían vuelto por arte de birlibirloque contra los que las esgrimían. Las balas habían entrado por la ventana que daba al jardín rompiendo los cristales a su paso.

—¡Ahora, Lewis! —gritó Jay.

Y los dos compañeros se lanzaron furiosamente contra sus verdugos.

Yates cogió a Víctor de un brazo y lo volteó contra la pared.

Jay se reservó a Hutchinson. Le hundió un puño en el estómago y cuando el otro se agachó, le atizó un rodillazo en la cara, tirándolo hacia atrás.

Víctor se levantó resoplando y atacó a Lewis. Éste lo atrajo hacia sí, aun cuando recibió un golpe en una ceja, y lo rodeó por la cintura. Entonces sus brazos se fueron estrechando rápidamente y fueron inútiles los esfuerzos de Víctor para desembarazarse.

Nathan, que estaba herido en la mano, se agachó para coger la pistola, pero Jay cayó sobre él y lo fulminó de un terrible puñetazo, elevándolo varias pulgadas sobre el suelo.

Entonces Mitchel se acercó a la puerta y echó la llave que había en la cerradura.

Hutchinson chorreaba sangre por las narices.

—Tenga cuidado, David —advirtió Mitchel—. Se va a estropear ese traje tan bonito.

—¡Lo voy a hacer pedazos! ¡Eso está bien! ¡Inténtelo!

En la puerta resonaron unos golpes seguidos por una voz:

—¡Abran a la policía!

Hutchinson disparó un izquierdazo que fue bloqueado por Jay, contestando éste con un mazazo al hígado. David se quejó, pero al instante sus dientes entrechocaron, porque su mandíbula fue impulsada hacia arriba por una fuerza poderosa.

Lewis cogía en aquellos momentos a Víctor por la cabeza y lo tiraba al espacio. El matón hendió el aire con la suavidad y elegancia de un avión sin motor, pero de pronto, cuando estaba en lo más alto, inclinó un ala y entró en barrena, estrellándose _ contra la mesa del despacho y quedando sobre ella exánime.

Hutchinson consiguió despedir a Jay de un puntapié al estómago, momento que aprovechó para apoderarse de una silla y arrojarla sobre su rival, quien se agachó como un rayo y después de ver cruzar por encima de su cabeza el proyectil, enderezóse con el ánimo de acabar la pelea.

Acercóse a David y le golpeó con ambos puños en una serie rápida que aquél apenas pudo contrarrestar. Inspiró profundamente, llenando sus pulmones de oxígeno y colocó un demoledor gancho en la barbilla de Hutchinson. Los ojos de éste bizquearon, dio un traspié, un paso a la izquierda, otro a la derecha, sus manos intentaron encontrar un apoyo, y al no conseguirlo, se fue cayendo lentamente hasta que quedó tendido en el piso.

—No está mal, ¿eh, compañero? —opinó Lewis, con una ancha sonrisa—, mientras desparramaba su mirada por los cuerpos inmóviles.

Jay abrió la puerta que los de fuera intentaban violentar y apareció el teniente Fosse seguido por Cook y el sargento Leonard.

—¿Qué ha pasado aquí? —inquirió Fosse, observando la desolación.

—Tenía que saldar una cuenta —respondió Jay—. Supongo que no le molestará.

—Yo no sé nada de esto, ¿sabe? —dijo el policía, y sonrió.

—Buen trabajo, Mitchel —felicitó Cook, dando una palmada al detective.

—Son ustedes quienes han hecho todo. Un minuto que se hubieran retrasado, y no lo contamos. ¿Cómo es que llegaron hasta aquí?

—Fui por el teniente y lo convencí para que diese la aprobación a un plan que se me había ocurrido esta noche. Pensaba utilizarlo de cebo, ya que después de oírlo que usted me contó, imaginé que esos tipos lo estarían siguiendo. Nos dirigimos a su oficina y al no encontrarlo allí, fuimos al hotel. El gerente nos enteró de que se habían marchado ya. Presentamos nuestras credenciales para someterlo a interrogatorio, puesto que nos interesaba saber el paradero de ustedes. Al reconocer al sargento le dijo que había resuelto el crucigrama que él y su socio intentaron solucionar. Tuve una corazonada simple y Leonard me informó de que el problema de palabras cruzadas les había sido enviado a ustedes por correo. Entonces pregunté por la solución a Macomby, y afortunadamente, como había transcurrido poco tiempo, se acordaba de muchas palabras, las suficientes para conocer la dirección que ustedes habían tomado...

Se oyó la voz del sargento.

—Éste ha muerto —anunció, señalando a Slim—. Pero los demás recibirán el premio.

—¿Y los Waterman? —preguntó Jay.

—Los cogimos en el momento que salían. Recogí información sobre ellos. Pertenecen a una familia que en otro tiempo tuvo resonancia en la vida neoyorquina. Kelly financió negocios ruinosos y se quedó sin un centavo. Así empezó todo. Los agentes enemigos buscaban una persona que tuviese acceso a Kramer y reuniese ciertas condiciones. Los Waterman necesitaban dinero y al propio tiempo, Eva había mantenido un flirt con el químico hacía algunos años. Constituían una pareja ideal para tratar de arrancar a Kramer la fórmula. A propósito de ésta, ¿dónde está?

—¿No han encontrado en poder de Kelly una carpeta verde? —replicó Jay.

—Sí, la tiene un agente afuera. Con la prisa por llegar no la hemos examinado.

—Dentro encontrará la fórmula «GB».

Hutchinson y Víctor fueron esposados, cosa que no se hizo con Nathan por estar herido.

Yates se arregló el nudo de la corbata, y preguntó:

—¿Cuándo nos fotografiarán los periodistas, señor Cook?

—No habrá fotografías ni declaraciones a la prensa.

—¿Qué?

—Orden superior. El caso se presentará como un asesinato en el que ha intervenido únicamente la Brigada de Homicidios.

—¡Pero, hombre...! —gimió Lewis.

CAPÍTULO XI

Pat Freeman, en la estación del Gran Central, hacía cola para sacar el billete hacia Saint Paul.

Había terminado su primera y última aventura, y se alejaba de la gran ciudad, quizá para siempre. Pensando en ello sentía una aguda punzada en el corazón. Tenía ganas de llorar y hubiese deseado estar a solas para dar rienda suelta a las lágrimas y desatar el nudo que le atenazaba la garganta.

Delante de ella sólo tenía ya a tres viajeros.

En ese instante, una voz familiar la llamó desde lejos:

—¡Pat!

Giró la cabeza y vio a Jay y a Lewis que corrían hacia ella.

—¡Menos mal que hemos llegado a tiempo! —exclamó Mitchel, al estar a su lado—. Deme la maleta.

—¡Pero mi tren va a salir dentro de unos minutos!

—No se puede ir ahora.

—¿Por qué?

—Usted es la heredera de Percy Kramer.

—¡No!

—Puede estar segura de ello. Tendrá que quedarse en Nueva York..., por lo menos hasta que se tramite el asunto.

La joven estaba asombrada.

—Señorita Freeman —empezó a decir Yates con cierto embarazo—, tendrá que perdonarme. Reconozco que estuve bastante inconveniente con usted.

—Está perdonado, Lewis.

—¿De veras?

—Claro que sí. Yo también fui muy impertinente. ¿Cómo saben lo de la herencia?

Jay relató a continuación el último episodio que había protagonizado conjuntamente con su socio.

Salieron de la estación, y cogieron un taxi. Ella dio la dirección del mismo hotel en que había estado hospedada. Se mantuvieron en silencio durante toda la carrera.

Al llegar, preguntó Pat en la calle:

—¿Y ustedes? ¿Qué harán ahora?

—¿Nosotros? —repuso Jay—. Continuaremos con la agencia, naturalmente.

—¿Nos veremos?

—Alguna vez. Apparently, Nueva York parece gigantesco. Pero ya verá cómo nos encontramos por ahí.

Se despidieron y los dos amigos esperaron a que ella entrase en el hotel para empezar a andar.

—¿Por qué demonios no le has dicho que la quieres? —refunfuñó Lewis.

—No puedo.

—Todavía es tiempo. Vuelve junto a ella y cástate inmediatamente.

—Es imposible. La dejaba regresar a Saint Paul porque nuestra situación económica no me permite casarme. Si le propusiese ahora el matrimonio, parecería que me quiero aprovechar de la herencia de Kramer.

—¡Pero ella te quiere! Basta ver cómo te mira.

—Siente únicamente simpatía. Se le pasará y encontrará a otro hombre mejor que yo.

Yates se encogió de hombros y no repuso nada.

Jay se encontraba sentado en el sillón giratorio con los pies sobre la mesa, contemplando el techo.

Lewis se devanaba los sesos trabajando el crucigrama de un diario.

—Animal doméstico de cuatro letras, ¿qué puede ser, Jay?

—Gato.

—Sí, creo que sí. Ya sólo me faltan tres palabras. ¿Sabes que no está mal como diversión?

El timbre de la puerta sonó, y los dos amigos se sobresaltaron.

—¡Un cliente! —gritó Lewis, levantándose—. Ningún acreedor viene después de las cinco.

Jay bajó las piernas de la mesa, y autorizó con la mirada a su socio para que abriese.

Una joven de unos veinticinco años entró en el despacho. Su cuerpo reunía las más hermosas perfecciones.

—¿El señor Jay Mitchel?

—Soy yo. El es mi socio, Lewis Yates. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Me llamo Shirley Adams y desearía encargarles un trabajo.

—Cuente con nuestra ayuda. Nos sentiremos muy honrados. ¿De qué se trata?

—El caso es que el relato es largo y he de marcharme porque me esperan. ¿Podemos quedar citados para esta noche?

—Naturalmente. ¿En dónde?

—Lo esperaré en un coche que habrá aparcado en el cruce de la calle Setenta Este con la Séptima Avenida. ¿A las nueve?

—¡De acuerdo, a las nueve! ¿De qué color es su automóvil?

—Azul eléctrico. ¡Oh! Se me hace tarde. Hasta luego, señor Mitchel. Adiós, señor Yates.

Los detectives examinaron las pantorrillas de la joven hasta que desaparecieron de su vista al cerrarse la puerta.

—¡No vayas, Jay!

—¿Qué mosca te ha picado ahora?

—Demasiado bonita. Me da mala espina.

—Suposiciones tuyas.

—¿Es que no estás escarmentado? Todo empieza igual que lo dé Kramer.

A pesar de las advertencias de Yates, Jay se encontraba a las nueve menos dos minutos de la noche en el lugar que le había señalado Shirley Adams. A las nueve en punto se acercó a la acera un coche azul y cuando se detuvo, Mitchel se aproximó y abrió la portezuela. Varias manos se apoderaron de él y lo metieron dentro.

Se encontró entre dos tipos de mala catadura.

El coche arrancó velozmente.

—¡Eh! ¿Qué es esto?

—Te vas a callar. Por las buenas o por las malas —dijo, amenazadoramente, el individuo que tenía a la izquierda.

—Pero...

—¡Silencio!

Jay hubo de obedecer.

A los quince minutos se detuvo el automóvil y bajaron.

Los tres hombres entraron en una casa y subieron en un ascensor. Llegaron ante un apartamento, abrieron la puerta, cruzaron un corto pasillo y pasaron a un salón iluminado con luces indirectas de color rojo.

Jay fue retenido al lado de uno de los guardianes, mientras el otro se dirigía a una habitación que había al fondo.

—¡Ya está aquí, jefe! Se portó como un corderito.

Al poco rato salió el que había entrado, hizo una señal a su compañero y advirtió a Mitchel:

—Tendrá que portarse bien mientras vamos a hacer un encargo.

Lo registró y le sacó una pistola, guardándosela en el bolsillo del pantalón.

Después los dos tipos se marcharon. Jay escuchó el ruido de la puerta al cerrarse y se preguntó si estaría soñando. ¿Qué pasaba allí? ¿Por qué lo dejaban solo?

De pronto apareció una mujer.

El detective cerró y abrió varias veces los ojos.

—¡Pat! —exclamó al fin.

Patricia Freeman anduvo hacia él, sonriendo.

—Lewis me dijo que sólo te ocupas de los casos en que hay una mujer bonita, y te envié a una amiga.

—¡Entonces, Yates lo sabía!

—Ajá.

—¡Grandísimo farsante! Pero, Pat, no necesitabas... ¡Tú eres más hermosa que ninguna!

—¿Y por qué no quieres entonces casarte conmigo?

—Yo... Verás, el caso es que...

—Eres un gran detective, y he pensado invertir dinero en tu negocio. Lo que necesitas es trasladar la agencia a un lugar mejor, acondicionarla...

—No puedo consentirlo.

—¡Prueba a impedírmelo! Esos dos hombres que han salido volverán en cuanto les llame, y te aseguro que están deseando arrancarte el consentimiento por sus propios medios.

Se miraron unos segundos y los dos rieron a un tiempo. Después tornaron a quedarse serios y él alargó sus manos y cogió entre ellas las de la joven.

Sus cuerpos se acercaron y él dijo:

—Te quiero, Pat.

Después se juntaron sus bocas y los brazos de Jay la estrecharon contra su corazón.

FIN

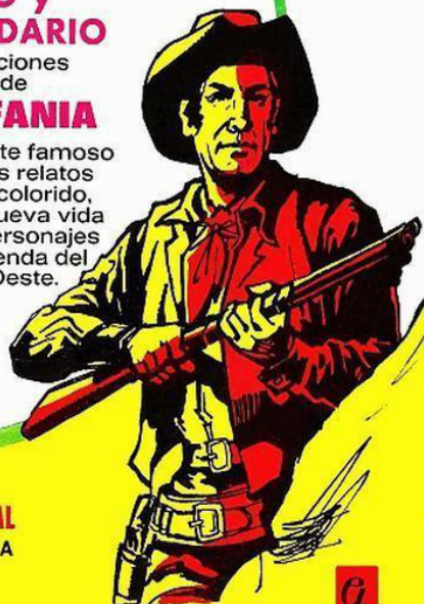
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

